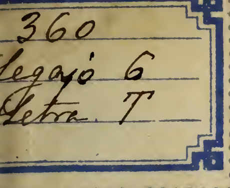


EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

THEUDIS

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

D FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO

MADRID:
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1878.

THEUDIS

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO

Estrenado con gran aplauso en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de Noviembre de 1878



MADRID
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL
calle de la Flor Baja, núm. 22.

1878

PERSONAJES.	ACTORES.
BALTA (18 id.).............	Srta. MENDOZA TENORIO.
TUSCIA (50 años)..........	CALDERON.
EURICO (25 id.).......	SR. CALVO (D. Rafael).
THEUDIS (60 id.).........	JIMENEZ.
USALDO (50 id.)...........	MARTINEZ.
HUNERICO (20 id.), PAJE DE LANZA....................	EGEA.
UN PAJE...................	MIRALLES.
UN LIBERTO.............	
GUARDIAS.	

La escena es en Barcelona, en 548.

ACTO PRIMERO.

Atrio de la quinta de Balta, en Barcelona.—En el fondo, en último término, jardin, del cual separa el átrio una galería de arcos, que forma el vestíbulo. —A ambos lados del proscenio puertas ó pasadizos que comunican con las habitaciones.—Triclinios ó lechos romanos, y un sitial al lado de uno de ellos.

ESCENA PRIMERA.

TUSCIA y BALTA.

(Al levantarse el telon está Balta hácia el jardin, y despues de un momento viene á recostarse en un triclinio, dando muestras de gran abatimiento.)

BALTA. ¡Y aún no viene! Quizá halló
En el combate la muerte.
¡Qué desdichada es mi suerte!
¿Por qué le ví ni me vió...?

TUSCIA. (Saliendo por la izquierda y viniendo hácia Balta.)
Contra este presagio triste
En vano el pecho batalla:
Ya llegan todos... y él...

BALTA. ¡Calla!

TUSCIA. No: mi Eurico ya no existe.

BALTA. Con tan triste pensamiento
¿A qué afligirte?—Quizá
Salvo y cerca de tí está,
Y es en vano tu tormento.
(Aparte.) (¡Ay! ¡No sé cómo esconder
Mi propia ansiedad y pena!)

TUSCIA. Tú puedes estar serena;
Mas su madre, ¿qué ha de hacer?
Escaso, Balta, mi amor
Fuera, si al ver su tardanza
No sintiera la esperanza

Turbada por el temor;
Y ya tarda mucho, sí.

BALTA. No te estés martirizando,
Tuscia, ni me sigas dando
Tan fiero tormento á mí.
¿Mi suerte, dí, tan cruel
Será, que habiendo perdido
Al padre mio querido,
Le pierda tambien á él?

TUSCIA. (Sorprendida.) ¡Balta!

BALTA. (Levantándose.) Pues si él no viviera,
¿Para qué vivir querria
Yo?

TUSCIA. ¡Balta, Balta, hija mia!
¿Le amas?

BALTA. Con el alma entera.
¿A qué ya lo he de callar
Si él lo sabe? Y tú, que eres
Su madre y tanto le quieres,
¿Para que lo has de ignorar?

TUSCIA. ¡Hija! Desde el triste dia
En que, tras infausta guerra,
Fugitivos á esta tierra
Llegamos, con alegría
Tu noble padre nos dió,
Más bien que hospitalidad,
Franca y cordial amistad,
Que pagar no supe yo;
Y si ahora tú sus favores
Colmas, á mi Eurico amando,
¿Cómo no he de amarte? ¿Cuándo
Pagarte podré?

BALTA. No llores,
Ni pienses, Tuscia, que así
Estés conmigo obligada:
Ni á mi padre debes nada,
Ni me lo debes á mí.
Si él os quiso aquí hospedar,
Su deber sólo cumplió,
Que, hijos de su raza, os vió
De Italia errantes llegar.
Y yo, dime: ¿cuánto amor
No debo, á quien bondadosa,

Como madre cariñosa
Me consuela en mi dolor?

TUSCIA. Mas mi hijo, perdido todo,
Pobre ya, sin esperanza...

BALTA. Tiene su brazo y su lanza,
Y eso basta á un noble godo.
Y el rey Theudis le dará
Su favor, y engrandecido,
Lo que en Italia ha perdido
En España encontrará.

TUSCIA. (Aparte, estremecida.)
(¡Theudis!) El Rey...

BALTA. Se le aclama
Por bondadoso y humano,
Y es mi deudo, aunque lejano,
Y con ternura me ama.

TUSCIA. Dicen que casado fué
En Italia, y al venir
A España, debió morir
su esposa.

BALTA. La historia sé,
Y esa mujer no murió;
Pero fué esposa liviana,
Que le ultrajaba villana,
Y él, justo, la repudió,
Tomando otra esposa.

TUSCIA. Sí,
Romana de gran poder
Y riqueza, por quien ser
Monarca logró... (Aparte.) (¡Ay de mí!)
(Pausa.)

BALTA. ¿Qué piensas?

TUSCIA. ¿Qué pensar puedo
Sino en mi Eurico? Es extraña
Su tardanza: la campaña
Fué ruda, y de su denuedo
Lo temo todo; que no
Me olvido de que al partir,
Cuando á la guerra seguir
A tu padre decidió,
Te dijo con noble brío:
«Del suyo pondré mi pecho
Por escudo...»

ESCENA II.

DICHAS y EURICO, que oye al entrar las últimas palabras.

EURICO. Y eso he hecho;
Pero en vano fué.
TUSCIA. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Hijo mio!
BALTA. (Tendiéndole las manos, que él estrecha.) ¡Eurico!
EURICO. Balta, cumplí
Con tu padre mi deber:
El pudo sin mí caer,
Pero ántes que él, yo caí.
Apenas nuestras legiones
Llegaron á la montaña,
Abriendo activa campaña
Contra los fieros vascones,
Cuando tu padre brioso,
Siempre al peligro el primero,
A un golpe de lanza fiero
Debió sucumbir glorioso.
Pero estaba yo á su lado
Siendo su escudo y loriga,
Y aquella lanza enemiga
Vino á hundirse en mi costado.
BALTA. (Con gratitud.) ¡Eurico...!
TUSCIA. (Aparte; gozosa.) (¡Qué noble!)
EURICO. Yo
Despues postrado en el lecho,
No pude ya de su pecho
Ser escudo: sucumbió
Alcanzando otra victoria
Con su incomparable brío
Como un héroe.
BALTA. ¡Padre mio!
EURICO. No llores, Balta, su gloria.
TUSCIA. Mas como há tiempo que aquí
Esa nueva habia llegado,
Inquieto nuestro cuidado
Estaba, Eurico, por tí.
Y juzgué tu muerte cierta

No viéndote ayer llegar
Con la hueste.

EURICO. Caminar
No pude tanto.

TUSCIA. (Con inquietud.) ¿Aún abierta
Tu herida...?

EURICO. No; mas, no sé,
Me falta á veces aliento.

TUSCIA. Hijo, descansa un momento.

BALTA. Descansa, Eurico. (Le hacen sentar.)

TUSCIA. Yo iré
A prepararte, hijo mio,
Con que puedas el vigor
restaurar.

BALTA. Tuscia, á tu amor
Ese cuidado confio.

(Váse Tuscia por la izquierda.)

ESCENA III.

BALTA y EURICO.

BALTA. ¿Conque es verdad, Eurico, que te veo
Tras de esta larga y dolorosa ausencia?
¡Oh! Déme aliento y vida tu presencia:
Te estoy viendo ante mí, y aún no lo creo:
No, no sabes, Eurico, cuánto llanto
Han vertido mis ojos: desde el dia
En que la nueva dolorosa vino
Que mi orfandad amarga me decia,
Al llorar por mi padre en mi quebranto
Triste en mi amor pensaba de cont ino
Que á tí jamás tampoco te veria.
Pero al fin en tu vista ya saciados
Pueden, Eurico, ser mis tristes ojos:
Bellos no los verás, mas sí apagados,
Pensarás que el amor los puso rojos.

EURICO. (Levantándose.)
Balta, Balta, no aumente esa mirada,
No aumente así tu amor mi pena impía,
Que es la luz de esos ojos apagada
Fuego de tempestad al alma mia...

¿Por qué te ví? ¿Qué soy? ¡Ah...! perseguido,
De Italia huyendo el yugo del romano,
Con mi raza vencida fuí vencido,
Y lucho aquí con mi destino en vano.
Por mostrar mi valor y mi nobleza,
Y á tí poder unir mi oscura suerte,
A la guerra volaba con fiereza
Ansiando gloria ó encontrar la muerte;
Pero sin gloria vuelvo, y con la vida,
Y sólo en los combates he logrado
Del soldado infeliz la triste herida,
Ménos profunda y ménos dolorida
Que la que abrió este amor desesperado.

BALTA. ¡Ingrato! ¿Quién tu nombre ó tu fortuna
Te preguntó jamás? ¿Esperé acaso,
Cuando tu pecho su pasion mostraba,
Saber si humilde ó alta fué tu cuna
Para que tú supieras que te amaba?
No: no disfraces tu ambicion ardiente
De amorosa ansiedad; dí que es tu anhelo
Sólo de lauros coronar la frente;
Dí que levanta tu ambicion el vuelo,
Y que, aunque de tu pátria perseguido,
Afan de gloria y de poder te acosa;
Y que ese corazon que no reposa
Para el amor no tiene ni un latido.

EURICO. No, Balta, no; que el anhelar constante
Que siempre de mi vida fué tortura,
Si alas tomó, y aliento de gigante
Fué por subir al sol de tu hermosura;
Sí; yo no sé por mí lo que ambiciono.
Y á tí, ¿de qué te vale el amor mio
Si no he de darte por asiento un trono
Ni un reino en donde impere tu albedrío?

BALTA. ¿Un reino, un trono tú quisieras darme?
¿Y qué ménos pudiera contentarme?
Ambiciosa cual tú, más, he nacido:
Forme ya nuestro amor dichosos lazos,
Y un reino, un trono dame; te los pido:
Reino, tu corazon; trono, tus brazos.

EURICO. ¡Oh, calla! No me mates, gloria mia;
No aumentes el dolor de mis dolores:
¿A qué mostrarme un cielo de alegría

Si un Rey, por deudo tuyo, á m.s amores
De un palacio opondrá los esplendores,
Que serán de mi amor noche sombría?

BALTA. El Rey no estorbará nuestra ventura.

EURICO. ¿Y si tu amante pecho se engañára...?
¡Por piedad! No me muestres tu ternura,
Que si es mia y el Rey me la quitára,
De mi acerbo dolor en la amargura
Enloqueciera, Balta, ó le matára.

ESCENA IV.

DICHOS, TUSCIA y UN LIBERTO.

TUSCIA. (Saliendo por la izquierda.)
¡Hijo!

UN LIB. (Apareciendo en el fondo.)
¡El Rey!

EURICO. (Con movimiento de ira.)
(¡Aquí el Rey!)

TUSCIA. (Estremecida.) (¡Theudis!)

BALTA. (Apurada.) (¡Dios mio!)

EURICO. (Retirándose hácia la izquierda.)
(¡Miserable de mí!)

BALTA. (Queriendo detenerle.) ¿Por qué te alejas?

TUSCIA. (Con viva emocion.)
¡Hijo del corazon!
(A Balta, haciendo ademan de irse.)
Dejarte sola
Debemos con el Rey; pero ya llega.

THEUDIS. (Apareciendo.—El liberto se retira.)
¡Balta!

BALTA. (Yendo á su encuentro.) ¡Señor...!

TUSCIA. (Retirándose, despues de mirar ansiosamente á Theudis.)
¡El es! ¡El es! ¡Valedme
Cielos, y dadme para tanto fuerzas!

(Vánse Tuscia y Eurico.)

ESCENA V.

BALTA y THEUDIS.

BALTA. ¿Tan pronto aquí, señor?
THEUDIS. Perdona, Balta,
Si ayer no pude la sagrada deuda
Cumplir, que á cumplir vengo.
BALTA. Mas sentaos
Ó pasad á otra estancia.
THEUDIS. Bien en esta
Estamos, si tú quieres: á mi lado
Ven y siéntate tú.
(Se sienta en un triclinio, y Balta á su lado.)
La dura guerra,
Al privarte de un padre cariñoso,
No te ha dejado sobre el mundo huérfana.
Apenas á Barcino con mi hueste
Llegué ayer victorioso, la primera
Pregunta fué por tí, y con pena supe
Que á los excesos del dolor te entregas
Sin pensar que es la gloria de los héroes
Sucumbir con valor en la pelea.
BALTA. ¡Ah, pobre padre mio!
THEUDIS. Como hermano
Le amaba yo, pues me siguió á esta tierra
Cuando el rey Teodorico desde Italia
Me encargó del gobierno y la tutela
Del tierno Amalarico y de este reino,
Y mi auxiliar mejor, mi sosten era.
Colmado de mercedes fué en su vida
Y ahora en tí premiar debo sus proezas,
No sólo por cumplir con mi cariño,
Sino tambien su voluntad postrera
Obedeciendo como es justo.
BALTA. ¡Oh, padre!
¿Qué os dijo al espirar?
THEUDIS. No me hallé cerca
Del lecho suyo, que en region distinta
Estaba dirigiendo yo la guerra.

Pero por Teudiselo me ordenaba
(Pues órden para mí sus ruegos eran),
Que en esta soledad no te dejase
Y que amparase siempre tu inocencia.
A cumplir mi deber vengo, hija mia:
Por tu madre tu deudo, siempre fuera
Velar por tí mi obligacion sagrada;
Pero ahora mi amor no se contenta
Con ménos de que estés en mi palacio.
Y alli conmigo mi consuelo seas.

BALTA. (Disimulando su turbacion.)
Señor... tantas bondades, no sé cómo,
Infelice de mí, pagar pudiera...
Pero en palacio...

THEUDIS. ¿Qué es lo que te pára?
En palacio, tú, Balta, serás reina;
Reina en mi voluntad, en mi cariño;
Mi consuelo serás, mi compañera.
Yo he perdido á mi esposa, y vivo triste
Tambien, solo, sin hijos: de mí cerca
Quiero que esté mi Balta: los libertos
Con Usaldo vendrán, y una litera
Te traerán en que vayas á palacio:
Allí serás feliz: el que tú quieras
De mis gloriosos duques ó mis condes
Te llevará al altar: á mí me pesa
Ya la carga del mando, y el que llames
Esposo, la tendrá: serás la reina
Y él será el Rey, y amándome cual hijos
Mi descanso y consuelo en ambos tenga.

BALTA. (Estremecida, aparte.)
(¡Oh, Dios!)

THEUDIS. ¿Qué piensas, dí?

BALTA. (Turbada.) Señor, confusa
Vuestra bondad, vuestro favor me deja:
¡Oh! ¿Qué no hiciera yo para mostraros
La gratitud que el corazon me llena?
¡Cuán bueno sois, señor...! Pero de darme
Esposo no trateis: si vuestras penas
Pensais que aliviar puedo, á vuestro lado
La vida pasaré cual hija vuestra.

THEUDIS. ¡Hija mia! ¡Mi Balta! Tu ternura
¿Cómo podré pagarte? Si tuviera

Un hijo yo! ¡con qué placer á entrambos
Os uniera, mi Balta! Y ambos fuérais
De mi vejez y ancianidad consuelo,
Y en vuestros hijos mi contento viera.
Mas mi segunda esposa, no, ninguno,
Ningun hijo me ha dado; y la funesta
Repudiada mujer, cuyo delito
Lavar debió la sangre de sus venas,
Con su vil proceder, pudo á mi pecho
El veneno llevar de duda horrenda,
Y si aquel hijo viera entre mis brazos,
Víbora emponzoñada lo creyera.

BALTA. ¡Sosegaos, señor!

THEUDIS. (Con creciente agitacion.)

¡Ah! si supieses
Las ánsias que mi espíritu atormentan,
Las dudas y temores en que vivo,
De mí piedad y compasion tuvieras.
Maldiciéndome un hombre moribundo,
«¡No tendrás hijos!» exclamó, y aquella
Terrible maldicion, aquel presagio,
En mí cayó como fatal sentencia.
Poco despues, de infiel y de liviana
Fué acusada mi esposa, que en Ravena
Con tierno pequeñuelo habia quedado;
Y súbito á mis ojos, la sospecha
Que sin aquel augurio despreciára,
Apareció como montaña inmensa.
Un siervo fiel y un paje á Italia envío,
No pudiendo yo ir; y la vileza
De aquella esposa infiel, ambos patente
Vieron, para mi oprobio y su vergüenza.
—Balta, de los mortales el destino
Marca el hado, ó el cielo, ó las estrellas
Y ¡ay! aquella mujer, á ser liviana
Sentenciada nació, para que fuera
Mi castigo.—Los astros que pregunto
Así lo han declarado, y me condenan
Sin hijos á morir.—Mas, Balta, á veces
De mi mente en la noche centellean
Cual vívidos relámpagos, recelos
Que rápidos me asaltan y me aterran;
Pienso á veces que acaso calumniada

Pudo mi esposa ser, y en mi alma crédula
El presagio pesando, tal vez ciego
La condenára sin bastantes pruebas.

BALTA. ¿Y nunca más supísteis de esa esposa?

THEUDIS. Jamás: venir á España quiso ella,
Pero saber la hice que no osára
Aquí llegar; y que dó yo estuviera
No invocára mi nombre el hijo suyo,
Ni nunca se pusiese en mi presencia.

BALTA. Sosegaos, señor.

THEUDIS. Dices bien, Balta.
¿A qué resucitar pasadas penas?
Sepúltense por siempre en el olvido
Memorias ¡ay! que deben estar muertas.
¡Mas soy muy infeliz!

BALTA. ¿Qué yo no haria
Por endulzar, señor, vuestra existencia?

THEUDIS. Pues tú sola lo puedes: ve y disponte
Para partir. (Levantándose.)

BALTA. (Con inquietud.) ¿Hoy mismo?

THEUDIS. ¿Qué te pesa?

BALTA. (Turbada.)
¡Oh! Dejar este albergue... y... señor, tengo
Yo tambien que cumplir sagrada deuda.
Cuando partísteis vos para Gerunda,
De entre los fugitivos que la guerra
De Italia aquí arrojaba, mi buen padre
A una dama hospedó...: dejarla es mengua.

THEUDIS. Si quiere aquí quedarse, que tus siervos
Como á señora, Balta, la obedezcan;
Y si quiere contigo ir á palacio,
En palacio tambien servida sea.

BALTA. Pero...

THEUDIS. Así ha de ser.

BALTA. (Confusa.) ¡Señor...!

THEUDIS. (Sorprendido.) ¿Qué dudas?

BALTA. Nada dudo, señor.

THEUDIS. A tus tristezas
No debo aquí dejarte abandonada;
La voluntad de un padre me lo ordena
Y mi cariño lo reclama.

BALTA. (Aparte con pasion.) (¡Eurico!
¿Por qué tu nombre la cobarde lengua

Ni áun puede pronunciar?)

THEUDIS. (Yéndose.) Yo ya te dejo:
Mas disponte á partir, porque á mi vuelta
Del campamento, donde voy ahora,
Por aquí pasaré; que ya dispuesta
Te encuentre: Usaldo y los libertos pronto
Vendrán. Adios, mi Balta.

BALTA. (Acompañándole.) ¡El os proteja!

(Váse Theudis por el fondo.

ESCENA VI.

BALTA y TUSCIA.

BALTA. (Volviendo al proscenio angustiada.)
¡Ay de mí!
(Viendo á Tuscia, que aparece por la izquierda, clamando y acercándose á ella.)
¡Tuscia! ¡Tuscia!

TUSCIA. (Agitada.) ¿Qué te pasa?
¿Se fué el Rey?

BALTA. (Con ahinco, mostrando pena, y hablando bajo.)
Sí. se fué; pero me ordena
En nombre de mi padre, ir á palacio;
Mas me ha dicho que tú conmigo vengas
Si en mi casa no quieres con mis siervos
Quedarte cual señora.

TUSCIA. ¿Y qué deseas?

BALTA. ¿Y pudieras dudarlo? Ven conmigo.

TUSCIA. ¿Y Eurico?

BALTA. (Confusa.) Eurico... Grande es su nobleza,
Y en palacio podrá, cual otros nobles,
Estar cerca del Rey, si tú lo ruegas.
¡Oh! perdóname, Tuscia: yo he querido
Por él hablar; pero el pudor mi lengua
Y el temor embargaban, y si hablo,
Temo que con el Rey mi amor me venda:
Y que yo á Eurico amo, y que es mi vida.
Hora no quiero, no, que el Rey lo sepa. (Pausa.)
¿Qué meditas?

TUSCIA. (Preocupada.) ¿Yo...? Nada.

BALTA. (Con ahinco.) Por Dios, Tuscia:
No me abandones á mi suerte adversa.

Si cuando aqui vinísteis en la córte
Hubiera el Rey estado, ó si en la guerra
No hubiera sucumbido mi buen padre
Sin hablarle, no dudes que ya fuera
Otra la suerte de tu noble hijo:
Mas yo espero que el Rey á tí te atienda.
Si tú vas y le dices: «Fugitiva
Aquí llego, señor, viendo á mi tierra
Esclava del Romano: tengo un hijo
Tan noble, tan bizarro, que la afrenta
Por no ver de su pátria, de aquel suelo
Acaso para siempre se destierra:
Tú, que á muchos proscritos hoy amparas,
Protégele, señor: ya con largueza
Su sangre por tu imperio ha derramado
De la Vasconia en la feroz contienda;
No le abandones tú.» Si así le dices
Con esa dulce y mágica elocuencia
Que Dios os dió á las madres, ¿cómo Theudis
Será sordo á tu voz? ¿Lloras?

TUSCIA. (Sin poder dominar su emocion.) Sí; deja
Que en tu amoroso seno desahogue
Esta viva emocion que en mí despiertan
Tus amantes palabras; deja, Balta,
Que, agradecida y de ternura llena,
Te estreche entre mis brazos.

BALTA. (Abrazándola.) ¡Tuscia mia!

TUSCIA. ¡Balta del corazon, bendita seas! (Pausa.)

BALTA. Dí: ¿vendrás á palacio?

TUSCIA. Vé tú sola;
Mas yo iré á hablar al Rey: vine á esta tierra
Para eso; mas él entónce estaba
Ausente de Barcino: ya impaciencia
Tengo, Balta, de hablarle; de mi esposo
Amigo debió ser, y acaso pueda
Traer á su memoria algun recuerdo
Que su favor para mi Eurico obtenga.

BALTA. ¡Oh! ¡Sí, Tuscia! Es preciso que muy altas
Mercedes en palacio le conceda;
Si no, ¡triste de mí! pues ya me ha dicho
Que quiere que yo pronto esposa sea
De algun prócer del reino... ¡Por Dios, Tuscia;
Tuscia, por Dios, que Eurico no lo sepa!

TUSCIA. ¡Hijo mio!

BALTA. No tardes: ve á Palacio,
Habla al Rey con ardor; dí cuanto pueda
El maternal cariño sugerirte;
Pondérale de Eurico la nobleza;
Dí que es alto su orígen, y si duda,
Si duda de que es noble... que le vea.

TUSCIA. ¡Hija mia! ¡Hija mia!

BALTA. Y no te olvides
De repetir á Theudis que á la fiera
Raza de Teodorico pertenece
Tu noble hijo, cual él: dile que llevan
La misma sangre.

TUSCIA. (Animándose.) Sí; la misma sangre
De Theudis y de Eurico arde en las venas:
Su nobleza es la misma, y...

BALTA. (Con creciente viveza las dos.)
Que ese fuego
En tu expresion y en tus palabras tengas
Cuando hables con el Rey.

TUSCIA. ¡Oh! No lo dudes.

BALTA. (Acercándose.)
¿Verdad que irás hoy mismo?

TUSCIA. Sí.

BALTA. Ya alienta
Mi pecho la esperanza; que á una madre
Como tú, ¿quién desoye...? Y lo que pueda
Yo he de hacer.

TUSCIA. (Estrechándola las manos.)
Sí, las dos.

BALTA. Las dos, que Eurico,
A las dos por igual nos interesa;
Que es mi amor.

TUSCIA. (Besándola.) Es mi hijo.

BALTA. ¡Y es mi vida!

TUSCIA. ¡Y es mi alma!

BALTA. (Desprendiéndose de ella.) ¡Tuscia!

TUSCIA. ¡Adios...!

BALTA. No te detengas...

(Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

TUSCIA.

¡Dios mio! ¡Oh...! ¡Ya callar
No puedo! ¡Señor, Señor...!
Me va á vencer el dolor;
Mi afrenta va á publicar;
Y Eurico, en martirio horrendo,
De la duda atormentado,
Morirá desesperado
A su madre maldiciendo.
¡Oh! No, no; ¡Dios de clemencia...!
¡Piedad, piedad! Tu justicia
Confunda ya la malicia,
Y haz que brille la inocencia.

ESCENA VIII.

TUSCIA y EURICO.

TUSCIA. (Aparte, viéndole.)
(¡Hijo mio!)
EURICO. (Saliendo por la izquierda.—Con viveza.)
¡Madre mia!
¿Con el Rey Balta se fué?
¡Oh...! (Con ira.)
TUSCIA. (Deteniéndole.) Balta está aquí.
EURICO. (Irritado.) Pensé
Que á llevársela vendria:
Mas si la que el pecho ama
Me quita, será razon
Que en una conjuracion
Que diz que contra él se trama,
Entre yo.
TUSCIA. (Con viveza.) No hables así.
¡Calla, calla, desdichado!
Eurico, el Rey venerado
Ha de ser siempre por tí;
Y aunque fuera tu enemigo,

Nunca le intentes dañar,
Porque... (Con marcada intencion) fuera el mal obrar,
Y el mal merece castigo.

EURICO. ¡Oh! No comprendo, á fé mia,
Que me hables de esa manera.
Si el Rey mi enemigo fuera...

TUSCIA. Su pueblo no lo sería.

EURICO. Sólo á mi maestro oí
Hablar, madre, de ese modo;
Pero nunca á ningun godo.

TUSCIA. Porque nuestra raza así
No piensa, cayó quizá
Entre trastornos sangrientos.
(Transicion.)
Mas tus amantes intentos
Acaso no estorbará
El Rey. Tal vez de tu padre
Aquí fuera compañero,
Y yo iré á hablarle, y espero
Que te favorezca.

EURICO. (Con pasion.) ¡Madre!
¡Oh, suerte triste! A humillar
Vas ante el Rey tu altivez,
Y él reina donde tal vez
Debieras tú de reinar.

TUSCIA. (Sorprendida.)
¿Qué dices?

EURICO. Lo que me dijo
Un capitan, á quien yo
Salvé en la guerra, y me oyó
Decir de quién era hijo.

TUSCIA. (Aparte.) (¡Dios mio!) Pero tú, ¿qué dijiste?

EURICO. (Con pasion.) Me preguntaba
Mi historia, y yo le contaba
Que noble mi padre fué.
Y al oir que fué su nombre
Teodato, y que murió aquí,
Me dijo: «A mi padre oí
Hablar mucho de ese hombre.
Y por su gran bizarría,
A no haber tu padre muerto
En mal hora, ten por cierto

Que Rey de España sería.»

TUSCIA. ¿Y por qué ya tanto afan?
Y acaso tu padre fuese
Otro Teodato, y no ese
De que hablaba el capitan.

EURICO. No; mi padre debió ser.
Si no, madre, ¿por qué siento
En mí tan gigante aliento
Con tan menguado poder?
Tú á las letras, madre mia,
Como si fuera romano,
Me aplicabas; pero en vano:
A otra esfera yo tendia.
Armas, glorias ambiciono;
Y, aunque en mi suerte menguada,
Nada soy, ni tengo nada,
A mi anhelo es poco un trono.

TUSCIA. (Con ahinco.)
¡Un trono! Les tengo horror.
¡Armas! Las ódio con toda
Mi alma.

EURICO. Tú no eres goda.

TUSCIA. Goda soy: mas del dolor
Y la amarga soledad
En la tristeza, aprendí
A huir de un mundo en que ví
Tanto infortunio y maldad.
Y porque tambien supieses
Mirarle tú con desprecio,
Las doctrinas de Boecio
Quise, Eurico, que aprendieses.
Que aunque yo el ardor sentía
De mi raza, me causaba
Espanto cuanto miraba,
Cuanto á mi mente traia (1).
En España, asesinado
Ataulfo; Sigerico
Asesinado, y Eurico
Por fratricida exaltado;
En venganzas y furores

(1) Los doce versos siguientes pueden suprimirse en la representacion.

Reyes y nobles sufriendo
Y en Italia pereciendo
Teodorico entre terrores
Por sus culpas; su hija luégo
Por su deudo asesinada,
Y despues, exterminada
Nuestra raza á sangre y fuego.
El mal y el crímen, y en pós
Las desventuras llegando,
Y en pueblos y hombres pesando
Siempre la mano de Dios.

EURICO. Madre, tu lenguaje aterra.

TUSCIA. ¿Y cómo, Eurico, he de hablar
Si me da espanto mirar
Que el mal asuela la tierra?
¡Ah! Miéntras aquí vivimos,
Hijo mio, de mil modos,
Por justa sentencia, todos
Sus consecuencias sufrimos.
Mas no añadas mal á mal
Tú; modera esa ambicion
Y esa fiera condicion
Que puede serte fatal.

EURICO. Si ambicionar es delito
Y mi ambicion es muy alta,
Para tí, para mi Balta,
Gloria y poder necesito.

TUSCIA. ¡Infeliz! ¿A dónde irás,
Pobre hoja desprendida?
Gota en el mar confundida,
Triste mortal... ¿qué podrás?

EURICO. Libre soy; podré luchando
Contra la enemiga suerte...

TUSCIA. Podrás salvarte ó perderte
El bien ó el mal abrazando.
Calma, hijo mio, tu anhelo
Y huye del mal, que quizá
De tu madre el ruego oirá,
Y te hará dichoso el cielo,
(Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

EURICO.

(Con tono sombrío y airado.)

¡El bien y el mal! Estos son
Los términos del arcano
Profundo, que lucha en vano
Por comprender mi razon.
Muestra la inmensa creacion
Un órden universal;
Y sólo al sér racional,
Por triste excepcion, le veo,
Dó quiera víctima ó reo
De los estragos del mal.

Del mar, la tierra y el viento,
Del astro, el bruto y la planta,
Nada el concierto quebranta,
Nada turba el movimiento:
Tras la noche, el firmamento
Siempre el sol viene á alumbrar;
Siempre al rio va á parar
La fuente, y al mar el rio,
Y á estrellarse va bravío
En la arena siempre el mar.

Ni el ave su cantilena
Negar sabe á la espesura,
Ni su indómita bravura
El fiero corcel refrena;
La ley que su vida ordena
Así cumple todo sér...
Mas... ¿quién podrá comprender
Lo que el universo fuera
Si esa inmoble ley pudiera
El universo romper?

¡En qué horrenda confusion
Chocáran los elementos!
¡Cómo en vértigos violentos
Vacilára la creacion...!

Mas si negar sumision
A ley suprema es el mal,
El hombre, sér racional,
¿Deberá darla tributo
Cual la piedra ó como el bruto,
De un modo ciego y fatal?

¡Oh, no! Si el poder creador
Sujetó el mundo á una ley,
El hombre del mundo es rey,
Y de sus actos señor.
Digno de oprobio ó de honor,
¿Qué hiciera sin voluntad?
Sí; la humana dignidad
Sin ella anulada queda,
Y aunque dar en el mal pueda,
Yo quiero mi libertad.

Libre sintiéndome, el vuelo
De mi anhelar se agiganta;
Que nada fuerza ó quebranta
Mi esperanza, ni mi anhelo.
Ni el mundo, ni el mismo cielo,
Aunque anonade mi brío,
Arrastrará mi albedrío
Ni le forzará á ceder;
Que suyo será el poder,
Pero el querer será mio.

Y si por eso el vivir
Es lucha entre el bien y el mal,
Ninguna fuerza fatal
Me tiene que conducir;
En pós del bien podré ir,
O el mal, si quiero, escoger;
Y al abismo al descender,
O al subir al firmamento,
Proclamará mi ardimiento
La grandeza de mi sér.

ESCENA X.

EURICO y USALDO.

USALDO. (Entrando por el fondo, mirando á Eurico.)
(Aparte.) (¡El!) Eurico... (En voz baja.)
EURICO. ¿Quién mi nombre
Pronuncia?
USALDO. (Acercándose.) Un godo que aquí
Se alegra de hallarte.
EURICO. ¿A mí...?
(Yo nunca he visto á este hombre.)
Pues tú, ¿me conoces?
USALDO. (Con ahinco y viveza.) No.
¿Mas de Italia no has venido?
EURICO. Sí.
USALDO. ¿Y en la Vasconia herido
Fuiste?
EURICO. Sí.
USALDO. ¿Y allí cayó
A tu lado un capitan
De espatarios?
EURICO. Le salvé
De la muerte.
USALDO. Por él sé
Quién eres: y con afan,
Impaciente de encontrarte,
Por la ciudad te he buscado:
Que es mi hijo el que has salvado
Y voy mi deuda á pagarte.
EURICO. Noble nací.
USALDO. Porque sé
Quién eres, deuda mayor
Me impone hácia tí mi honor,
Por tu padre, á quien amé.
—A la hora nona, á palacio
Vé á verme, si quieres, hoy:
Mi nombre es Usaldo; soy
Prepósito, y tendré espacio
Para hablarte. (Se dirige á la derecha.)
EURICO. Espera. ¿Dí,

Mi padre...?

USALDO. Muy grave es
Lo que he de decir: despues
Lo sabrás: pueden aquí
Oirnos.

EURICO. (Despues de mirar á todas partes.)
No hay nadie. Impaciente
Estoy: no me dejes ya
Con esta inquietud...

USALDO. (Aparte.) (Será,
Antes de hablar, conveniente
Asegurarse...) Tu padre,
¿No vino de Italia aquí?

EURICO. Siendo yo muy niño, sí;
Eso me han dicho mi madre
Y sus deudos.

USALDO. ¿Y en la guerra
Contra los francos murió?
¿Te acuerdas bien...?

EURICO. ¡Cómo no!
En aquel tiempo, á esta tierra,
Vencida por mi rogar,
Me traia en mi niñez
Mi madre, cuando una vez,
(¡Nunca lo podré olvidar!)
Acercándose á mi lecho
Vertiendo de llanto un rio:
«¡No tienes padre, hijo mio!»
Gritó estrechándome al pecho.
¿Ha muerto? Fuí á preguntar
«Ha muerto.»—¿En la guerra?—«Sí,
Hijo; ya no hay para mí
Más que sufrir y llorar.»
Callé temblando, y calló.

USALDO. ¿Que él Teodato se llamaba
Dijo?

EURICO. Sí; y tanto lloraba
Al recordarle, que yo
Viendo su pena cruel,
Ocultaba mi quebranto,
Y por no aumentar su llanto
Nunca la hablaba de él.
Si es que tú le conociste,

Satisface la ansiedad
Del corazon: ¿es verdad
Que otro más noble no viste?
¿Es verdad que su bravura
Un reino le prometia,
Y que, á vivir él, tendria
Mi pátria mayor ventura?
Habla, dime...

USALDO. Sí; tal fué
Tu padre, mancebo: aquí
En secreto le serví
Y cual pude le vengué.
Sabe tú su triste suerte:
Y si te alienta el valor,
A su asesino traidor
Dále sin piedad la muerte.

EURICO. (Con espanto y exaltacion.)
¡Oh...! ¿Qué escucho...? ¿Qué profieres...?
¿Eres demonio, eres hombre?
¡Su asesino...! Por mi nombre,
Habla, pronto, dí: ¿qué quieres?
¿En la guerra no murió...?

USALDO. Sí; mas... oye: Teodorico
De tutor de Amalarico
A España á Theudis mandó,
Y viéndole ambicionar
Por el poder soberano
Y que le llamaba en vano,
Le quiso el mando quitar.
Mas con violencia no osaba,
Que era Theudis poderoso,
Y á lograrlo cauteloso
A Teodato aquí enviaba;
Y si tu padre no hubiera
Tristemente perecido,
Rey acaso hubiera sido,
Y Theudis nunca lo fuera.

EURICO. Mi madre de eso jamás
Me ha hablado.

USALDO. No lo sabria.

EURICO. ¡Oh! No es posible; sería
Otro Teodato quizás.

USALDO. No; tu padre fué ese hombre:

En la guerra estuve yo,
Y un solo noble murió
De Italia con ese nombre.

EURICO. ¿Y dices...?

USALDO. Digo que es cierto
Que tu padre asesinado
Murió.

EURICO. Te habrán engañado,
Pues en combate fué muerto.

USALDO. Eso el mundo creyó, sí,
Y eso siempre se ha creido;
Pero yo, que estaba herido
En el campo, caer le ví
Bajo el agudo puñal
De Theudis.

EURICO. (Con explosion de ira.) ¿Qué estás diciendo?

USALDO. La noche iba ya tendiendo
Su cortina funeral
Sobre aquel campo de horror,
Y aún el combate duraba
Bravo y fiero: ya luchaba
Más la rabia que el valor.
Bajo de un cielo sombrío
Ardia el bosque cercano,
Miéntras bramaba en el llano
Teñido de sangre el rio,
Teodato entónces perdió
Su caballo, y desmontado
Tambien Theudis, á mi lado
Con Teodato se encontró.
Creyó que la oscuridad
Su intento favorecia
Y que nadie le veia;
Y, con la celeridad
Del rayo, daga traidora
Clavó en su cuello violento,
Diciendo con sordo acento:
«Quítame el poder ahora.»
—«Dios, que tu crímen conoce,
Me vengue, Teodato dijo;
Y te niegue, infame, un hijo
Que tu negra culpa goce.»
Y espiró: Theudis pensó

Sin duda: «Aquí le hallarán,
Y en la lucha le creerán
Muerto.» Y de allí se alejó.

EURICO. Pero... ¿eso es verdad? ¡Oh, madre!
¡Y respeto me infundias,
Y venerable me hacias
Al verdugo de mi padre...!
Mas... ¿esa historia?

USALDO. La sé
Yo sólo, que herido estaba:
Mi vida hablando arriesgaba,
Y á nadie la revelé...
Pude así tambien vengar
A tu padre.

EURICO. ¿Tú?

USALDO. Yo: sí.
Mas traigo un encargo aquí
De Theudis, y él va á llegar.

EURICO. Dí...

USALDO. No puedo detenerme:
Despues tendremos espacio:
A la hora nona, en palacio,
Al caer el sol, podrás verme.
(Vase por la derecha).

ESCENA XI.

EURICO.

¡Iré, sí; allí me tendrás...!
(Enfurecido.) ¡Oh! ¡Mi padre asesinado...!
Ese hombre... ¿estará engañado,
O me engañará quizás...?
¿Será quien dice mi padre?
La verdad buscaré yo,
Con cautela, porque no
Entienda nada mi madre.
Incomprensible mujer,
Del bien y el mal me hablaria,
Y el golpe tal vez querria
De mi brazo detener.
¡Oh! si á mi padre perdí
Por una traicion sangrienta,

¿Para qué hierve y alienta
Su sangre dentro de mí...?

ESCENA XII.

EURICO, BALTA y USALDO.

USALDO. (Saliendo con Balta por la derecha.)
¿Os quedais, pues?

BALTA. (Despues de mirar á Eurico.)
Sí; me quedo.

USALDO. Guárdeos Dios.
(Yéndose por el fondo.)

BALTA. Luégo iré... sí...
(Váse Usaldo.)

ESCENA XIII.

BALTA y EURICO.

BALTA. (Despues de ver desaparecer á Usaldo, corriendo desolada al lado de Eurico, y clamando:)
¡Irme á palacio sin tí!
¡No puedo, Eurico, no puedo...!

EURICO. (Con ira.)
¡A palacio!

BALTA. (Con gran pasion.) Tú vendrás
Tambien: ¡yo te amo!

EURICO. (Contrariado: sombrío.) ¡Amor!

THEUDIS. (Dentro, llamando.) ¡Balta!

EURICO. (Con movimiento de cólera.) ¡El Rey!
(Mirando hácia el fondo por donde se ve aparecer á Theudis.)

BALTA. (Estremecida á la voz del Rey, á Eurico apurada.)
¡Calla!
(Respondiendo á Theudis, temblorosa, y yendo hácia el fondo:)
¡Señor!
(Volviéndose á Eurico y despidiéndose con gran pasion:)
¡Adios!

EURICO. (Sombrío y terrible, poniendo la mano en la daga.)
¡Theudis, morirás!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de Palacio.—Una mesa con una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

EURICO y UN PAJE.

EL PAJE. Pasad: me ha dicho que aquí
Vendrá pronto; pero hoy tiene
Por su cargo la tarea
Más larga; porque el Rey quiere
Que haya espléndido festin
Esta noche; pues si siempre
Curar sus melancolías
Con el dulce Medoc suele,
Hoy, que por su gran victoria
Contra los vascos rebeldes
Contento está, ya podeis
Figuraros... Luégo, vienen
Y van hoy por todas partes
En Palacio tantas gentes,
Que no sé... ¿no sabeis vos...?

EURICO. (Secamente.) No sé nada.

EL PAJE. Pocas veces
He visto tanto salir
Y entrar.

EURICO. Entónces bien puedes
Ir á decirle tú á Usaldo
Que venga, que ya impaciente
Lo espero yo.

EL PAJE. (¡Qué humos gasta!
¡Y acaso...!) Iré.

(Váse fondo derecha.)

ESCENA II.

EURICO.

¿Conque es este
El palacio en que debia
Mi padre reinar? ¡Oh, Theudis!
¿Conque el causante eres tú
De la desdichada suerte
De mi madre...?
(Estremecido: mirando á la izquierda.)
¡Allí va... sí...
Él es...! ¡Infame! ¡Y su frente,
En vez de llevar el sello
Del crímen, aureola tiene
De majestad...! Yo no sé
Qué tristes sombras envuelven
Mi razon: olas de ira
Inundan mi pecho ardiente.
Y agitacion misteriosa
Perturba mi sér: parece
Que una voz me está diciendo
Que Usaldo se engaña ó miente,
Miéntras que por sus palabras
Despierta en mi pecho, muerde
Mi corazon la venganza
Como venenosa sierpe.
Si conjurados están
Y al Rey derribar pretenden,
Para que le hiera yo,
¿Querrán su instrumento hacerme?
¡Oh! ¿Por qué como el sol rasga
Las tinieblas que le ofenden,
Del espíritu la luz
La duda no desvanece?
¡Oh verdad! Yo he de buscarte;
Clara, brillante he de verte,
Sin que el error ni la duda
Tus resplandores me velen:
Y si hallo que Theudis dió
Traidor á mi padre muerte,
No volverá á levantarse
La luz del sol para Theudis.

ESCENA III.

EURICO y USALDO.

USALDO. (Por el fondo derecha.)
Eurico...
EURICO. Ya es la hora prima
De la noche.
USALDO. Es que un banquete
Va á celebrarse, y el Rey
Que á su mesa sentar quiere
A vários nobles de Italia
Que han combatido valientes
En la Vasconia, avisarlos
Me mandó. Además, prudente
Era alejar de aquí á pajes
Y libertos: ya se puede
Hablar sin recelo: nadie
Nos escucha. Saber debes
Ante todo, que del Rey
Decidida está la suerte
En junta de nobles godos
Que como yo le aborrecen
Por amigo del Romano,
Y á Teudiselo, el más fuerte
Campeon de nuestra raza,
Proclamaremos: si quieres
Que él te conozca...
EURICO. Y ¿á qué?
Nada me toca á mí en ese
Vuestro plan.—Lo que deseo
Es saber si es cierto...
USALDO. (Ofendido.) ¿Tienes
Dudas de mí?
EURICO. Tengo duda
De que padre mio fuese
Quien tú dices: á mi madre
He preguntado, y cual siempre
Qué á mi padre la recuerdo,
Sintió quebranto tan fuerte,
Que callé.
USALDO. Y si yo dudára,

¿Te hablára así?

EURICO. Mas de ese
Teodato que conociste,
¿Que más sabes?

USALDO. Que en Oriente
Nació, y sin deudos á Italia
Llegó, segun dijo siempre.

EURICO. ¿Y murió?

USALDO. Junto á Narbona,
De noche; há ya más de veinte
Años: aquí Teodorico
Le envió, para que fuese,
Despues de Theudis depuesto,
Tutor del Rey. Sólo al verle
Yo á servirle me ofrecí
Con otros vasallos fieles
Del rey de Italia: mas todo
Cuanto intentamos fué estéril
Entónces, para arrancar
El poder al audaz Theudis:
Y eso que un noble, su amigo,
Que habia él mandado á que diese
Al rey Teodorico cuentas,
Le dijo al volver, que aleve
Su esposa, que con su hijo
Habia quedado doliente
En Rávena, le ultrajaba:
Lleno de dudas crueles
Me envió á que yo apurase
Sus recelos; y obediente
A Teodorico, á quien ví,
Y que así intentó atraerle,
Sus sospechas confirmé,
Diciéndole que las gentes
En la ciudad proclamaban
Su agravio, para que él fuese
A averiguarle ó vengarle.
Mas de su ambicion ardiente
Llevado, ó sintiendo el peso
De la maldicion solemne
De tu padre, repudió
A aquella esposa inocente,
Abandonando á su hijo

En sus dudas, porque siempre
Que consultó las estrellas,
Le dijeron que, inclementes,
Los hados le condenaban
A morir sin hijos...

EURICO. Ese
Es destino de tiranos.

USALDO. Despues logró Rey hacerse
Cuando murió Amalarico.
Mas hoy, aunque le sostienen
Sus riquezas y secuaces
Caerá al fin: hasta aquí hierve
La conjuracion; tal vez
Estalle mañana: tienes
En tu brazo, si es seguro,
Con tu venganza tu suerte.
En tanto puedes estar
Aquí en palacio, si quieres,
Con los muchos que de Italia
Hallan proteccion y albergue,
Como histriones ó fatistas
Bucelarios ó donceles.

EURICO. Eso haré; pero es preciso
Que los secretos me enseñes
De palacio: sus estancias
Más ocultas...

USALDO. (Mirando á la izquierda.)
Sí; mas vete,
Que viene el Rey.

EURICO. Es que...

USALDO. Luégo
Aquí mismo podrás verme.

(Vase Eurico, fondo derecha.)

ESCENA IV.

THEUDIS y USALDO.

THEUDIS. (Por la izquierda.)
¿Usaldo?

USALDO. Señor...

THEUDIS. ¿Está
Dispuesto para el banquete

Todo?

USALDO. Sí, señor.

THEUDIS. Pues di
A Balta que venir debe
A presidirle conmigo.
Está triste, y aquí crece
Su pena; mas si la hablo
De darla esposo, ni áun quiere
Oirme.

USALDO. Si tuviérais vos
Un hijo...

THEUDIS. ¡Oh...! No renueves
El recuerdo doloroso
De mi sentencia inclemente.
(Váse Usaldo, fondo izquierda.)

ESCENA V.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO (Entrando por el fondo.)
Señor, veros solicita
Con empeño una mujer.

THEUDIS. (Sorprendido.) ¿Ahora?

HUNERICO. Dice que ha de ser
Así, porque necesita
A solas y con urgencia
De algo que os importa hablaros.
Y me hizo entrar á rogaros
Que la deis vuestra licencia.

THEUDIS. Hazla llegar hasta mí,
Y dí que nadie osará
Entrar miéntras ella está.
(Váse Hunerico.)
¿Quién hablarme querrá así?

ESCENA VI.

THEUDIS y TUSCIA.

(Tuscia entra, vacila y se pára.)

THEUDIS. (Viéndola.)
Ven, acércate. ¿Qué quieres?

TUSCIA. (Adelantándose.)
¡Justicia!

THEUDIS. (Espantado.) ¿No es ilusion

De mi turbada razon?
Habla pronto; dí quién eres.

TUSCIA. (Muy conmovida.)
¿Me conoces tú quizá?
Alguna vez yo te ví
Tambien... lo recuerdo... Sí.
¡Pero há tanto tiempo ya...!
Que no pensé que tuviera
Nada mi voz dolorida
Ni mi faz envejecida
Que el recuerdo te trajera.

THEUDIS. ¡Felda!

TUSCIA. Es ese, sí, mi nombre.

THEUDIS. ¿Y pudistes atreverte
En mi presencia á ponerte?

TUSCIA. ¿Qué hay en ello que te asombre?
¿Has visto tú alguna vez
Tembloroso ó vacilante
Para ponerse delante
Del delincuente su juez?

THEUDIS. ¡Villana! ¿Que me arrepienta
Quiere tu lengua atrevida
De haberte dejado vida
Despues de vista mi afrenta?

TUSCIA. ¡Tu afrenta...!

THEUDIS. Mi afrenta, sí,
Mujer funesta é impura,
Causa de la desventura
En que muriendo viví.

TUSCIA. ¡Yo impura! ¿Cuándo faltar
Pudo un pretexto villano,
Para el que quiso, inhumano
A una esposa repudiar?
¡Oh! ¡Nunca el rey Teodorico
A esta tierra te enviára!
¡Nunca á reinar te mandára
Por el tierno Amalarico!
Despertada tu ambicion,
Con ello no te saciaste,
Y ser pronto ambicionaste
Monarca de esta nacion.
Si sus tesoros te daba
Para lograrlo una hermosa

Que tu hijo y que tu esposa
Se muriesen, ¿qué importaba?
Y con el repudio impío
Lograste tu afan traidor,
Quedando yo sin honor
Y sin padre el hijo mio.
¿De quién es la afrenta, dí?

THEUDIS. Quien viese tanta osadía,
Sin duda que pensaria
Que un mónstruo contigo fuí.
¡Oh! dime: si tu delito
Dudas no hubiese sembrado
En mi pecho, ¿hubiera ahogado
De la sangre el hondo grito?
Aunque á tí te aborreciera,
Y juro que te amé yo,
¿Quién á un hijo abandonó
Sin tener alma de fiera?

TUSCIA. ¿Por qué nos abandonaste?
Yo sólo sé que, inclemente,
Sobre mi vida inocente
Borron de ignominia echaste.
Sé que anhelando ocultar
Mi oprobio, de mi morada
Me alejé, y desesperada
Fuí de lugar en lugar,
Porque nadie en mi amargura
Sospechase quién yo era,
Para que mi hijo viviera
Sin saber su desventura;
Sé que pronto á otra mujer
Unido y feliz vivias,
Sin pensar las agonías
De mi injusto padecer.

THEUDIS. ¿Por qué, dí, jamás probar
Tu inocencia has procurado?

TUSCIA. Miéntras esposa has llamado
A otra mujer, ¿qué esperar
En mi infortunio podia?
Repudiada me he creido
Por tu ambicion, y he vivido
En mi soledad sombría,
Acusada de liviana;

Pero sin saber cuál fué
Mi delito, y ni ahora sé
De qué calumnia villana
Víctima he sido.

THEUDIS. (Con encono.) Que infiel
A mi amor y á tu respeto
Eras, me avisó en secreto
Un fiel amigo.

TUSCIA. (Con ira y vehemencia.) ¡Cruel!
¿Y eso sólo te bastó?

THEUDIS. Envié un paje leal
A Italia, y tu criminal
Proceder me confirmó;
Y que era antigua me dijo
Tu culpa ya declarada,
Y la duda envenenada
Vino á privarme de un hijo.

TUSCIA. ¡Soy inocente! ¡Piedad
Ten de mí, de tí, de él!
Deja esa duda cruel
Si no fué infame maldad:
(Con creciente pasion y vehemencia.)
¿Sabes tú lo que es vivir,
Como yo, triste, he vivido,
Eternos años de olvido
Y soledad, sin decir
A mi hijo, sin poder
Decirle, como si fuera
Infamia, el nombre siquiera
Del que le dió vida y sér?
¡Cuántas veces, cuando vió
Mi llanto correr ardiente,
Por su padre el inocente
En su niñez preguntó!
Y cuando yo le decia
Que ausente en España estaba,
¡Cuántas veces exclamaba:
«Vamos allá, madre mia!»
¡Oh! Mil veces tuve ya,
Theudis, tu nombre en la boca;
Mas desesperada, loca,
Pensando que á él quizá
Saber su orígen le hiciera

Más desdichado, y que á tí
Por mónstruo, ó por vil á mí,
Acaso nos maldijera;
Diciéndole que murió
Su padre, en mi dolor fiero,
Pronuncié el nombre primero
Que á mis lábios acudió.
La angustia de esta mujer
En situacion tan horrible...
Una madre... tú, imposible,
No la puedes comprender.

THEUDIS. (Conmovido.) ¡Oh! ¡Calla! Que estremecida
Siento el alma; feliz fuese
Todavía, si pudiese,
Tu inocencia ser creida.
Mas mi castigo ha de ser
Tu culpa; una maldicion
Pesa sobre mi razon,
¡Y no la puedo creer...!
No: que castigo fatal
El cielo en tí me depara.

TUSCIA. ¡Bárbaro! ¿Me condenára
El cielo á ser criminal?
¿Qué culpa entónces tendria?
Y el repudio mereciera
Liviana, pues culpa fuera
No del cielo, sino mia.

(Theudis baja la cabeza.—Pausa.)

¡Dios mio! En tu presencia
Voy á tu hijo á poner,
Y al mirarle, te hará ver
Tu corazon mi inocencia.
Su padre ya quiero darle;
Por eso á España he venido;
Mas, sin hablarte, he temido
Quién eres tú revelarle.
Yo nada quiero ni exijo,
Y tu olvido, tu abandono,
Sí, todo te lo perdono,
Pero haz dichoso á mi hijo.
Si quieres, yo moriré
Y bendeciré mi suerte:
Si quieres más que mi muerte,

Dílo, y sin verle me iré.

THEUDIS. (Deteniéndola: con acento sombrío.)
¡Qué vas á hacer, desdichada!
Si inocente te creyera,
Despues más brava surgiera
Mi duda desesperada.
¡Oh, mujer!.. Huye de mí,
Y ambos nuestra infausta suerte
Suframos.

TUSCIA. Dame la muerte,
Mas no me dejes así.

THEUDIS. Mi duda pagar debiste
Con tu sangre; y pues estás
Viva, no digas jamás
Que esposa de Theudis fuiste.
Así te olvido y perdono;
Que en mi pecho dolorido,
Que más que el tuyo ha sufrido,
No puede estar el encono.
Adios... (Con ademan de irse.)

TUSCIA. (Clamando.) ¡Theudis, por piedad!
¡Por tu hijo!

THEUDIS. ¡Calla! ¡calla!

TUSCIA. (Arrodillándose.)
¡Oh! ¡En tu pecho batalla
Con tu duda mi verdad!
¡Sálvanos! ¡Sálvate á tí...!

THEUDIS. ¿Qué me pides, insensata?

TUSCIA. Deja la duda que mata,
Por piedad, y ten fé en mí!
¡Por tu hijo!

THEUDIS. ¡Calla! ¡Oh!
¡Duda horrenda! ¡Duda impía!
¿Sabes tú lo que daria
Por tener un hijo yo?
¡Aparta!

TUSCIA. ¡Soy inocente!
Te lo dice mi quebranto:
Lo está clamando mi llanto:
Lo estás leyendo en mi frente.
Mírala...

THEUDIS. (Muy combatido por contrarios sentimientos.)
¡Felda! (¡Dios mio!)

Alza...

TUSCIA. (Levantándose.)

En esos brazos muera...

THEUDIS. (Estremecido, rechazándola.) ¡Oh!

¡Quita, serpiente artera,

Que tu abrazo me da frio!

(Vase precipitadamente por la izquierda.)

TUSCIA. (Gritando y vacilando.)

¡Oh!

ESCENA VII.

TUSCIA y EURICO.

TUSCIA. ¡Desdichada de mí!

¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer!

(Clamando ansiosa.)

¡Theudis...! ¡Infeliz mujer...!

¡Hijo mio...!

(Aterrada viendo á su hijo que sale por la derecha.)

¡Él aquí...!

EURICO. ¡Madre mia! ¿qué te pasa?

¿Qué haces aquí?

TUSCIA. (Sobresaltada.) ¿Por qué vienes

A palacio?

EURICO. (Acariciándola.) Dí, ¿qué tienes,

Tú, que la frente te abrasa?

¿Estás llorando? ¿Por qué...?

¿Es que al Rey ya le has hablado,

Y para mí te ha negado

Su proteccion, cual pensé...?

TUSCIA. (Haciendo esfuerzos supremos por dominarse.)

Eso es... (Aparte.) (¡Me ahoga la opresion!

¡Sostenedme, cielo santo...!)

EURICO. ¿Y por eso tal quebranto?

TUSCIA. (Abrazándole convulsivamente.)

¡Hijo de mi corazon...!

EURICO. En mi pecho altivo y fiero

Por eso, madre, no llores.

Yo de Theudis los favores,

Ni los pido, ni los quiero.

Más que él me podrá valer

Aquí un noble, madre mia;

En tanto, ten alegría

Y no vuelvan á verter
Llanto tus ojos: no más
Te suplico, madre, dí:
Mi padre, ¿á qué vino aquí?
Sin duda tú lo sabrás;
Mas nunca me lo dijiste...

TUSCIA. (Sin saber qué decir.)
¿Yo...? (¡Dios mio!)

EURICO. De él te he hablado
Poco, aunque lo he deseado,
Porque te pones tan triste...
Mas dilo, te lo suplico.

TUSCIA. ¿Qué quieres...? (¿Quién jamás vió
Tal pena?)

EURICO. ¿A qué le envió
Aquí á España Teodorico?

TUSCIA. ¿A qué le envió...? No sé...

EURICO. ¿No sabes?

TUSCIA. (Turbada.) Sí; á que estuviera
Junto al Rey, y le sirviera.

EURICO. ¿Con qué cargo?

TUSCIA. (Apurada.) (¿Qué diré?)
No sé: mas ¿qué importa ya?

EURICO. (Con gran viveza.)
¿Qué importa, dices? ¡Oh, madre!
En saber qué fué mi padre,
Acaso mi dicha va.
En la guerra que estalló
Siendo yo niño, dijiste
Que habia muerto.

TUSCIA. Le perdiste
Muy niño, sí.

EURICO. (Con creciente ansiedad.) ¿Y no murió
Junto á Narbona?

TUSCIA. (Aturdida, sin saber lo que dice.)
Sí, allí...
(¡Dios mio!)

EURICO. ¿Cuando llegaba
La noche? ¿Y no se llamaba
Teodato?

TUSCIA. (Apurada.) ¡Te... odato, sí!
Pero ¿por qué esa ansiedad?
¿Por qué me hablas de ese modo?

EURICO. ¡Oh, madre! Dímelo todo:
Quiero saber la verdad.
A veces pienso que aquí
Hondo misterio ha de haber.
Que ni llegar á entrever
Quisiera.

TUSCIA. (Desolada.) ¿Dudas de mí?
¿De tu madre dudas? ¡Oh,
Dios mio!

EURICO. (Conmovido.) No, madre mia.
No. ¿Cómo existir podria
Si dudara de tí yo?
¡Oh! ¿De mi madre dudar?
Enloquezca ántes mi mente,
O descienda el rayo ardiente
La duda en ella á abrasar.

TUSCIA. ¡Hijo mio!

EURICO. Pero dí:
¿No es verdad, madre querida,
Que de mi padre en la vida
Algo me ocultas á mí?
¿Por qué ese misterio es?

TUSCIA. (¡Dios mio!) Si de ambicion
Lleno está tu corazon
Y desdichado te ves.
¿No fueras más desdichado,
Y tu ambicion no creciera,
Si tu madre te dijera:
«Pudieras estar cercado
quizá de régio esplendor;
Mas por perder á tu padre
Nada tienes ya?»

EURICO. (Amargura.) Sí, madre;
Sí, madre; tengo tu amor.
Pero ¿es verdad que mi suerte
Fuera tan gloriosa aquí
Viviendo mi padre?

TUSCIA. Sí.

EURICO. (Aparte.) (¡Oh! ¿Será verdad que muerte
Le dió Theudis? Que no hay ya
duda: él era...) A mi deseo
Eso basta.

TUSCIA. (Con inquietud.) Eurico, veo

Que fermentando en tí está
Algun pensamiento extraño
Que tu mente trae turbada:
¿Qué intentas?

EURICO. ¿Yo, madre? Nada.

TUSCIA. Me engañas.

EURICO. No; no te engaño.

TUSCIA. ¿Entónces...?

EURICO. Es que conmigo
Generoso se mostró
El noble que conoció
A mi padre: ya es mi amigo...
Mas alguien viene.

TUSCIA. De aquí
Salgamos.

EURICO. Yo aquí estaré
Esta noche.

TUSCIA. ¿Para qué...?

EURICO. Lo quiere ese noble así.

TUSCIA. Yo veré á Balta: confio
Que ningun riesgo...

EURICO. No; madre
Adios.

CUSCIA. (¡Cerca de su padre
Así dejarle...!) ¡Hijo mio!
¡Hijo mio...!
(Abrazándole con vehemencia y dolor.

EURICO. ¿Esa afliccion
Cuando mi esperanza ves?

TUSCIA. ¡Qué sabes tú lo que es
De una madre el corazon!
(Váse por el fondo, dando muestras de inmensa amargura.)

ESCENA VIII.

EURICO.

¡Oh! Lo sé, madre querida:
Y pues tanto debo amarte,
No es mucho que por vengarte
Quiera ofrecerte mi vida.

Si en la viudez desvalida
Por un Rey traidor estás...
Dí, corazon, ¿temblarás?
Si cobarde te mirára,
De vergüenza te arrancára
Porque no latieses más.

ESCENA IX.

EURICO y THEUDIS.

THEUDIS. (Saliendo: llamando.)
Usaldo...
EURICO. (Aparte.) (Aquí se acerca.)
THEUDIS. ¿Quién, osado,
Penetra de esa suerte...?
EURICO. Un extranjero
Que los usos ignora de tu córte;
Un godo que de Italia vino huyendo,
Y con otros aquí...
THEUDIS. Déjame ahora,
Que mi atencion reclaman con empeño
Harto graves cuidados.
(Haciendo ademan de irse.)
EURICO. La justicia
Es, señor, de los tuyos el primero,
Y herido el corazon y ansiosa el alma
Pronta justicia, á demandarte vengo.
THEUDIS. Pero... ¿ahora?
EURICO. Sí, ahora; una terrible
Obligacion me incita, y aquí llego
Para que tú me ayudes, en memoria
De Teodato, tu antiguo compañero,
El que murió en la guerra contra el franco,
Y de quien deudo soy.
THEUDIS. ¡Teodato...! (¡Cielos!)
EURICO. (¡Se estremece!)
THEUDIS. Teodato no tenía
Hijos.
EURICO. Hijo no dije, sino deudo.
Básteme el serlo, si su amigo fuiste.
THEUDIS. Sin duda; mas... ¿qué quieres? Dilo presto,

EURICO. Pronto voy á acabar. Di: ¿qué castigo
Merece el que asesina á un indefenso
Con negra alevosía?
THEUDIS. (Vacilante.) Pero...
EURICO. Dime,
¿No es verdad que la muerte?
THEUDIS. Sí, sí; pero...
¿Esa pregunta...?
EURICO. Rey, en tu palacio
He visto há poco al matador sangriento
De mi fiel capitan.
THEUDIS. ¿Quién es?
EURICO. Un conde
Que de las huestes de Narsés huyendo
Ha venido de Italia, y que sin duda
Cree su traicion oculta en el misterio.
THEUDIS. Tu capitan, ¿quién era?
EURICO. Un noble godo
De Treya servidor: su nombre Theudo.
THEUDIS. ¿Y ese conde?
EURICO. Te dije que le he visto,
Y te diré quién es.
THEUDIS. ¿Y há mucho tiempo
Que cometió su crímen? ¿Y habrá pruebas?
EURICO. Tú juzgarás, señor, de las que tengo;
Y si no son bastantes, con tu auxilio
Veremos la verdad: escucha atento.
Theudo se unió del conde á las legiones
Por órden de su Rey, que así intentaba
Del conde refrenar las ambiciones;
Pero él quedarse solo meditaba,
Y la ocasion halló: pronto invadieron
Las huestes del romano aquella tierra,
Y con sus bravas tropas acudieron
El conde y Theudo á sustentar la guerra.
Un dia ¡horrible dia! el rudo duelo
Contemplando indecisa la fortuna,
Siguió trabado, cuando ya en el cielo
Brillaba, en vez del sol, opaca luna.
Sin parar ni ceder los combatientes
En confuso tropel luchaban fieros,
Despidiendo relámpagos ardientes
Al chocar entre sombras los aceros;

Y en medio del estrago y la matanza
Del golpe fiero de la muerte heridos,
Rodaban á los botes de la lanza
Jinetes y caballos confundidos;
Y aumentando el horror y la pavura,
Miéntras el bosque en derredor ardia,
Teñido con la sangre, en la llanura
Rojo el rio bramando se extendia.
Entónces...

THEUDIS. (Sin poder dominar su ansiedad.)
¿Qué pasó? (¡Morir me siento!)

EURICO. Theudo perdió el caballo, y alejado
De la revuelta lid, en un momento
Quedó solo, de sombras rodeado;
Y ántes de que pudiese ver de dónde
Ni quién el golpe aleve dirigia,
La infame daga del infame conde
En la garganta penetrar sentia.
Conoció á su asesino, y le maldijo,
Pero él huyendo de su cuerpo inerte,
«Creerán que en la batalla cayó,» dijo;
Nadie ha visto que yo le dí la muerte.

THEUDIS. (Con terror.)
¿Quién lo vió...?

EURICO. ¡Dios...! Seguro en su pujanza,
Creyó el traidor su crímen ignorado,
Mas de Theudo el espectro ensangrentado
Se presentó para pedir venganza.
¡Horrenda aparicion! De ella el tirano
Quisiera huir; mas vano es su deseo;
Y aunque es sombra no más y espectro vano,
Ceñido está del militar arreo,
Y su aspecto da horror: la faz cubierta
De mortal palidez, al conde espanta:
Tiende solemne á él la mano yerta
Y por el hierro matador abierta
Aún brotando está sangre la garganta.

THEUDIS. (Que ha escuchado con creciente terror, retrocede espantado, volviendo la vista hácia el otro lado y diciendo:)
¡El es! ¡El es! ¡Aparta...!

EURICO. Su conciencia
Descubre entónces al traidor impío,

Que en su terror pronuncia su sentencia
De muerte.
(Lleva la mano á la daga y va á lanzarse sobre Theudis, que no ve su accion, y de pronto se pára estremecido, y retrocede diciendo:)
(Aparte.) (¿Qué me pasa...? ¡Siento frio...!)
(Breve pausa.)

THEUDIS. (Volviendo hácia Eurico; con susto.)
¿Qué haces? ¿Qué intentas...? Di...

EURICO. (Aparte: estupefacto.) (¿Por qué el acero
No sale de la vaina? El pecho fuerte
Tiembla cobarde. ¿O es que altivo y fiero
No sé como asesino dar la muerte...?)

THEUDIS. ¿Quién eres? Dí. ¿Quién eres...?

EURICO. ¿Por qué has hecho
Tal pregunta? ¿Quién soy...? Si yo pudiera
Decirte «soy un hombre,» ¿satisfecho
Fueras con ello, dí? Pues, por mi nombre,
¡Oh Rey! puedes creer que ni siquiera
Sé si puedo decirte: «soy un hombre.»
¿Qué es un hombre?

THEUDIS. No apures mi paciencia.
No sé qué de tí piense.

EURICO. Yo tampoco.

THEUDIS. Te debiera arrojar de mi presencia
No sé si por villano ó si por loco.

EURICO. ¿Te vas...?

THEUDIS. (Yéndose.) (Aparte.) (Pero esa historia maldecida,
¿No es la historia fatal de mi delito...?
Saber quién es este hombre necesito,
Y tenerle seguro.)
(Váse, fondo.)

ESCENA X.

EURICO.

(Viendo desaparecer á Theudis: con ira y asombro.)

¡Y va con vida...!
Pero ¿qué pasa en mí...? No soy yo mismo.
¿En dónde están mi ardor y mi pujanza?
¿Por qué al ver á mi alcance mi venganza
Ví á mis piés el espanto de mi abismo...?
Sí; la voz de mi sangre y de mi raza

«Véngate,» me decia clamorosa;
Y otra voz, cual terrífica amenaza,
«¡Detente!» me gritó más poderosa.
¿Será verdad que el hombre es impulsado
Por una fuerza que hácia el mal le incita,
Y que por ella al ser arrebatado
Otra fuerza hácia el bien le solicita?
Mas ¿no soy libre? ¿Y en vengarme dudo
Y de noble blasono y de guerrero?
Ciencia fatal la que aprendí, si pudo
El leon trasformar en vil cordero.
(Saca la daga.)
Si era el ángel del bien el que paraba
Mi brazo vengador, del lado mio
Ya se alejó, y ardiente como lava
Desborda en libertad el albedrío.
(Al dirigirse furioso hácia el fondo, sale Balta por la izquierda.)

ESCENA XI.

EURICO y BALTA.

BALTA. (Saliendo.) ¡Eurico...! (Eurico se para un instante.) (Gritando alarmada, viéndole el puñal y corriendo hácia él.)
¡Oh! ¿Qué es eso...? ¿Eurico? ¿A dónde,
A dónde vas...? ¿Qué intentas...? ¿Esa daga...?
EURICO. (Con exaltacion.)
Dejadme...
BALTA. (Asiéndole.) ¡Oh! no; detente.
EURICO. ¿Habeis vos sido
Quien há poco «¡detente!» me gritaba...?
No quiero detenerme.
BALTA. (Aparte, con espanto.) (¡Oh, Dios! delira...)
(Con gran ternura.)
Eurico...
EURICO. (Queriéndose desprender de ella.)
Sí; dejadme.
BALTA. ¿Qué te pasa?
EURICO. Dejadme...
BALTA. Yo te amo, Eurico mio;
Si el Rey no oyó á tu madre, la esperanza

No te abandone.

EURICO. El Rey es un infame
Que va á morir.

BALTA. (Con sobresalto y terror.)
¿Qué dices...? ¡Oh! Me espanta
Verte así: ¿qué delirio te enajena...?
Nadie tu amor me arrancará del alma.

EURICO. (Queriendo desasirse.)
¿Quién os habla de amor?

BALTA. ¡Piedad...! ¡Dios mio...!
(Conteniéndole.)
Dame la muerte, pero no te vayas.

EURICO. Dejadme.

BALTA. No.

EURICO. Dejadme; morir quiero
Vengándome... (Se desprende de ella.)

BALTA. (Gritando.) ¡Favor!
(Al decir esto, Theudis asoma con Hunerico y soldados, y ve á Eurico con el puñal en la mano.)

ESCENA XII.

DICHOS, THEUDIS, HUNERICO Y SOLDADOS.

THEUDIS. (Corriendo.) ¡Cielos! ¡Mi Balta!
¡Asesino!

EURICO. (Revolviéndose.) Es verdad; tú lo dijiste;
¡Asesino...!

BALTA. (¿Qué es esto?)

THEUDIS. Corred, guardias.

BALTA. (Con gran vehemencia.)
Dejadle. ¡Por piedad!
(Hunerico y los soldados sujetan á Eurico.)

THEUDIS. ¿Y tú la imploras
Por el que á darte muerte se lanzaba?

EURICO. (Queriendo abalanzarse á Theudis.)
¡Insensato! ¡Yo á ella! ¡A ti, sí; muere,
Y perezca yo luego! (Le sujetan los soldados.)

BALTA. (Aparte.) (¡Dios del alma!)

THEUDIS. ¡Villano...!

BALTA. (¡Oh!) ¿No veis que está demente
El infeliz?

THEUDIS. (Sorprendido.) ¿Demente?

EURICO (Exaltado.) ¡Atrás! Tú nada

Pidas por mí al tirano que audaz ciñe
La diadema real, que á mí me arranca.

~~THEUDIS.~~ Está loco.

BALTA. Reinar es su delirio.

EURICO. (A los soldados.)
Dejadme os dije: soy vuestro Monarca;
Príncipe usurpador, dí si tú puedes
Reinar donde estoy yo. ¿Veis cómo calla?

THEUDIS. ¡Miserable!

BALTA. ¡Piedad! (¡Eurico mio!)

EURICO. Mírame, si te atreves, cara á cara.
Yo debí ser tu Rey y tú mi siervo,
O quitarte hoy el reino que tú ultrajas;
Pero temblé cobarde, y tú venciste;
Soy un menguado: siega mi garganta.

THEUDIS. ¡Llevadle!

BALTA. No; piedad de su demencia.

THEUDIS. Quitadle de mi vista.

BALTA. ¡Desdichada!

(Balta cae de rodillas, asiendo á Theudis, y los soldados se llevan á Eurico.)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon severo y sombrío de Palacio.—En primer término, á la derecha, una puerta.

ESCENA PRIMERA.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO (De pié, junto á Theudis, que estará sentado al lado de una mesa.)
¿Os convencísteis?
THEUDIS. ¡Ah! Sí;
Y era formidable y vasto,
Segun tú me lo decias,
El plan de los conjurados.
Un preso declaró ahora
Que en la guerra de los vascos
Proclamar á Teudiselo
Por Monarca, concertaron
Vários nobles descontentos;
Y es cierto que él se ha ocultado,
Desde que anoche mi fiel
Conde de los espatarios,
Que tuvo la delacion,
Hizo prender á unos cuantos
Revoltosos.
HUNERICO Pero aún hay
Otros indicios más claros.
THEUDIS. ¿Qué ocurre, pues? Há muy poco
Que he salido fatigado
De la sala de los juicios,
Y el conde de los notarios
Y dos gardingos que siguen

A los presos preguntando,
Nada me avisan.

HUNERICO Yo vengo
De poner ahora en sus manos
Vários traidores. Despues
De publicarse el mandato
De que ningun godo lleve
Armas, ni ningun romano,
No siendo de nuestra guardia,
Vimos por distintos lados
Llegar á casa de Agila,
Sus espadas procurando
Ocultar, algunos nobles;
Y entrando súbito, hallamos
Una reunion manifiesta
De conjuracion, y á Usaldo
En ella.

THEUDIS. ¿Dices verdad?
¿Usaldo tambien?

HUNERICO Los cargos
De los jueces está oyendo,
Y si quereis...

THEUDIS. A ese ingrato
Ni ver quiero: mejor fuera
Que los traidores triunfando,
Me librarán de una vida
Que me hace tan desdichado.

HUNERICO Señor, preciso es seguir
Por todas partes el rastro
Al crímen, y que se cumpla
La justicia en los culpados.

THEUDIS. Hacedlo como querais;
Y dejadme, que abrumado
De memorias y recelos
Estoy, y en dudas naufrago. (Breve pausa.)
Ese mancebo que fué
Preso anoche, ¿es insensato
Realmente? Ya casi siento
Libertad haberle dado:
Mas cuando hoy á verle fuí,
No quedó duda en mi ánimo
De que está loco.

HUNERICO Señor,

Es un pobre desdichado
Sin duda alguna: no piensa
Más que en ser Rey, y soñando
Con esa loca manía
Las horas pasó encerrado;
Y al darle la libertad
No la queria, gritando
Que no merece ser libre
El hombre vil.

THEUDIS (Aparte.) ¡Es extraño...!
No estoy tranquilo...) ¿Y en dónde
Está?

HUNERICO No ha vuelto á palacio;
Pero vagar se le ha visto.

THEUDIS. Si aquí llega, desarmado,
Como es justo, en mis estancias
Dejadle entrar: al acaso
Quiero encontrarle; mas no
Lo digais á él. (Breve pausa.) ¿Y en claro
No has podido poner nada
Sobre mi esposa? En palacio
Y en la ciudad, de seguro
Habrá muchos refugiados
Que en Rávena morarian
Aquellos dias aciagos,
Y sabrán...

HUNERICO Sólo hallé uno,
Y piensa que os engañaron,
Pues de vuestra esposa nunca
Oyó murmurar en daño.

THEUDIS. (Levantándose.)
¿Será posible...? ¡Dios mio...!
Tal vez el infame Usaldo
Me vendió, y temiendo ahora,
Se ha unido á los conjurados.
¡Que venga aquí! Quiero verle...
Y Vinulfo, que mi agravio
Me anunció, muriendo está...
Cuando he ido á verle, postrado
Con la fiebre, no ha podido
Escucharme, y será en vano
Volver. Anda tú, Hunerico,
Y, si vive, de su estado

Dame cuenta al punto.

HUNERICO Voy

A obedeceros.

(Vase por el fondo.)

ESCENA II.

THEUDIS.

—¡Qué extraño
Es todo lo que me pasa!
Aún dudo si estoy soñando.
Misterios por todas partes
Me cercan, y lucho en vano,
Y en vano me doy tormento
Si de comprenderlos trato.
Parece que contra mí
Se conjuran concertados,
El cielo con sus rigores,
La tierra con sus espantos,
Con sus misterios la muerte,
La vida con sus arcanos.
Mis ántes amigos fieles
Maquinan hora en mi daño;
De asombro y duda á llenarme
Viene Felda á mi palacio;
Turba un loco mis festines,
Y á su conjuro evocados
Hasta los muertos se alzan
De los fúnebres sudarios.
¡Oh! Yo no sé, ni recuerda
Mi espíritu conturbado
La historia con que ese loco
Parecia estar contando
Mi historia: mas... no es posible:
Es que aquel recuerdo infausto,
Fijo entónces en mi mente,
Me estaba atenaceando
Sin compasion; y al oir
Hablar de un muerto en el campo
De noche, me estremecí

De terror involuntario,
Olvidando que mi crímen
Para el mundo sepultado
En el más hondo misterio
Está. (Con terror.) Mas yo ví á Teodato:
Sí; él era, era su sombra,
Era su espectro, que, airado,
Ante mí se presentaba
Para llenarme de espanto.
¿Será que él, apareciendo,
Mi delito ha revelado?
¿O es que el cielo me le envía
Sus justicias anunciando...?
¡Oh! ¡Dadme luz, justos cielos!
Si no rige un ciego hado
El mundo; si es libre el hombre,
Y está el delito clamando
A vosotros, ¿qué castigo
Guardais en vuestros arcanos
Para la maldad impune?
¿En dónde brillan los rayos
De vuestra justicia? ¡Oh!
De terror y sobresalto
Herido estoy. Si quereis
Castigarme, no en el antro
Misterioso del sepulcro
Me atormenteis: vuestra mano
Piadosa tome mi vida,
Si con ella os satisfago.

ESCENA III.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO ¡Señor!
THEUDIS. ¿Y Vinulfo?
HUNERICO Ha muerto.
Pero en un momento claro
De su razon, al saber
Que vos mismo habeis estado
A hablarle de vuestra esposa,
Mandó llamar á un romano

Que letras sabe, y dictó
Este pliego, que, sellado,
Iba á traeros su hijo
Al llegar yo.

THEUDIS. (Tomándole.) Estoy temblando
De leer: bajo este sello
Tal vez habrá...
(Despues de romper el sello y mirar un momento el pergamino.)
¡Cielo santo!
¡Yo no sé lo que aquí leo!
Frases de perdon: «Proclamo
Al morir que os engañé...»
(Muy agitado.) ¡Hunerico... yo me engaño...!
A ver: tú sabes; lee aquí.
¿Qué dice?
(Mostrándole el pergamino, que toma Hunerico.)

HUNERICO (Mirando el pergamino.)
Sí; que ganado
Por Teodorico, os mintió,
De liviandad acusando
A vuestra esposa, que fiel
Guardó constante recato;
Y que para haceros ir
A Italia, os tendió ese lazo
Aquel Rey.

THEUDIS. (Iracundo.) ¡Infame Rey!
(Ansioso.)
Pero eso, ¿es cierto?

HUNERICO (Leyendo.) «Y que á Usaldo
Perdoneis, que de igual modo
Os vendió.»

THEUDIS. (Arrebatándole el pergamino.)
¿Te estás burlando
De mí? ¡Si no puede ser...!
Tú no lees bien... ¡Oh!

HUNERICO Miradlo
Vos.

THEUDIS. (Trémulo y frotándose los ojos, mirando el pergamino: con estupor.)
¡Y es verdad...!
(Con inmensa alegría.) ¡Y es verdad...!
¡Oh, Felda fiel...! ¡Oh, hijo amado...!

(Conteniéndose.)
Pero no. ¡Si no es posible...!
¿Y los decretos infaustos
Del destino...? Al punto, al punto,
Trae á Usaldo aquí...

HUNERICO (Volviéndose hácia el fondo.) Esperando
Estaba ya vuestras órdenes.
Aquí está...
(Aparece Usaldo conducido por soldados.)

THEUDIS (Volviendo á mirar el pergamino con ansiedad y alegría.)
¡Señor...! ¡Qué cambio...!

ESCENA IV.

THEUDIS, HUNERICO y USALDO.

(Los soldados se quedan en el fondo.)

THEUDIS. (Con vivísima ansiedad, mostrando á Usaldo el pergamino.)
¡Infame...! ¿Ves esto...? Aquí
Por Vinulfo al cabo es
Tu traicion probada. ¿Ves...?
¿Esto es verdad...? Habla...

USALDO. (Fria y secamente.) Sí;
Es verdad todo.

THEUDIS. (Furioso.) ¡Traidor...!
(Dudando de tanta felicidad: ansioso.)
¿Y mi esposa fué inocente...?
¡Tengo un hijo...! ¡Dios clemente...!
Habla, ó teme mi furor.
¿Conque todo un ardid fué
De Teodorico, y á ruego
De aquel Rey...?

USALDO. En ese pliego
Que lo teneis todo sé.
Vinulfo me hizo llamar
Al hacer su confesion;
Mas yo á la conjuracion
Quise mi suerte fiar.

THEUDIS. ¡Traidor hasta el fin...! ¡Malvados...!

USALDO. Al mio y tu Rey servia.

THEUDIS Y vil, ¿á la esposa mia...?
USALDO Vuestros augurios y hados
Culpad, no á mí; que aunque hubiera
En Rávena aquel rumor
Que os dijimos, ser error
La voz popular pudiera:
Pero en los hados creyendo...
THEUDIS. (Furioso.) ¡Tras el crímen, la insolencia!
Quitadle de mi presencia,
Y que en castigo tremendo
Pague el infiel la malicia
De sus cobardes traiciones.
USALDO. Para tus malas acciones,
Rey, tambien habrá justicia.
(Sale conducido por los guardias.)
THEUDIS. (Antes de que desaparezca Usaldo.)
¡Augurios...! ¡Oh...! ¿Quién hará,
Si un hijo el cielo me dió,
Que no sea mi hijo...? No,
No temo al destino ya...
¡Hunerico...!

ESCENA V.

THEUDIS y HUNERICO.

HUNERICO (Acercándose.) ¡Señor!
THEUDIS. (Con ansioso afan.) ¡Ven!
Publicad con diligencia
De mi esposa la inocencia
Por la ciudad: donde estén
Los que de Italia han venido,
Sin duda que ella estará;
Y aunque quién es no sabrá
Nadie, al ver que he conocido
Mi error, y que aguardo ansioso,
Volando con mi hijo, aquí
Vendrá.
HUNERICO (Yéndose.) Volando iré.
THEUDIS. Sí.
¡Anda...! ¡Oh dia venturoso!
(Váse Hunerico.)

ESCENA VI.

THEUDIS y BALTA.

THEUDIS. ¡Balta! ¡Balta! (Llamando.)
BALTA. (Saliendo.) ¡Señor...!
THEUDIS. (Fuera de sí.) ¡Balta! ¡Hija mia!
¡Hija mia...! Ya puedo así llamarte;
Ven, que mis brazos quieren abrazarte
Con paternal abrazo de alegría.
BALTA. ¿Qué os sucede, señor?
THEUDIS. (Atropelladamente.) ¡Oh! ¡Qué momento!
¡Deja que de mi pecho se derrame,
Desbordado á torrentes el contento!
¡Oh! ¡Qué dicha, mi Balta! Pero dame,
Dame de padre el nombre apetecido.
BALTA. Mas ¿qué es lo que sucede?
THEUDIS. ¿Qué sucede?
¿No te lo dije ya? ¿No lo has oido?
Veinte años de tormentos han huido,
Y ser feliz el desdichado puede.
Sí, Balta, sí; penosa mi existencia
Largos años pasé, cual pobre preso
A quien abruma con horrible peso
La inmensa carga de fatal sentencia;
Viví como proscrito y desterrado
En extranjera tierra y enemiga,
Errante siempre, con mortal fatiga,
De congojosa soledad cercado;
Y juguete y esclavo del destino,
Tanto me persiguieron sus rigores,
Que, cual ciego, cruzaba mi camino
En una eterna noche de dolores;
Y ahora en dichosa libertad aliento,
Y vuelvo de mi pátria á la alegría,
Y de mi hogar al plácido contento,
Y alzar los ojos puedo al firmamento,
Y ver la luz, y contemplar el dia.
Horrible maldicion, calumnia odiosa
De un hijo y de una esposa me privaron,
Y al fin la suerte, de mi mal piadosa,
Me devuelve ese hijo y esa esposa

Por que tanto mis ánsias suspiraron.
Ilusion del deseo me parece,
Pero es la realidad, Balta querida;
Aguardaba la muerte, y ya florece
Este caduco tronco y reverdece;
Tengo un hijo, ¿no ves? Amo la vida.

BALTA. Asombrada me deja el escucharos.

THEUDIS. Sí, mi Balta; mi esposa fué inocente,
Y está aquí con su hijo.

BALTA. ¿Quién cambiaros
Pudo de esa manera?

THEUDIS. Yo en la frente
De mi hijo, pondré del pueblo godo
La diadema real. ¡Oh! ¡Qué alegría!
Y tú serás la Reina. Todo, todo
Para tí y para él, querida mia.

BALTA. (¡Dios mio!)

THEUDIS. Sí; ya el nombre deseado
Puedes darme de padre. Hierve el gozo
En este triste corazon helado...
El contento me tiene enajenado,
Y hasta parece que me vuelvo mozo.

BALTA. (Aparte, angustiada.)
(¡Eurico!)

THEUDIS. (Impaciente.) ¡Cuánto tardan! Atormenta
Esta tardanza horrible al alma mia!
Al que en ansioso afan el tiempo cuenta,
Cada instante es un siglo de agonía.
(Vase.)

ESCENA VII.

BALTA: luégo EURICO.

BALTA. (Desolada.)
¡Oh! ¿Qué es esto...? ¡Sarcasmo de la suerte...,
A un tiempo mismo generosa y dura!
¿Por qué has de darme á mí desdicha y muerte
Con lo que al Rey le das vida y ventura?
¡Yo esposa de su hijo...! ¡Dios clemente...!
¡Eurico...! ¡De otro hombre yo en los brazos...!
¡Oh! cual la tuya nublese mi mente;
Estalle el corazon roto en pedazos

Antes que ver la triste que te adora
Por insolente mano profanada
Tu imágen bendecida que en él mora
Y que jamás de aquí será arrojada.
¡Eurico! ¡Eurico! A tí la desventura
De demencia cruel te mata impía:
Mas si hay muerte más fiera, si hay tortura
Mayor que enloquecer, esa es la mia.
(Se dirige desolada á la derecha, á tiempo que entra Eurico.)

ESCENA VIII.

BALTA y EURICO.

BALTA. (Viéndole, fondo derecha, ántes que él aparezca, gozosa, gritando bajo.)
Eurico... ¡Oh!
EURICO. (Apareciendo: sombrío.) ¿Quién me llama?
BALTA. ¡Quién te llama! ¡Ingrato!
EURICO. ¡Ah!
Sois vos.
BALTA. ¿Desconoces ya
La voz de la que te ama?
(Con viveza.) ¿Conque ya estás libre, dí...?
¿Conque al fin hablarte puedo?
¡Ay! Mas vete: tengo miedo
De que te vean aquí.
Pero dí: ¿cómo llegar
Hasta este sitio has logrado?
EURICO. A un demente desarmado,
¿Qué se le puede estorbar?
BALTA. Ten piedad, Eurico mio,
De la angustia en que me ves;
Dí, dí: ¿cuál la causa es
De tu funesto extravío?
¿Es que al verme aquí sentiste
Perdida toda esperanza,
Y quizás en la mudanza
¿De mi corazon creiste...?
¿De mi amor dudaste?
EURICO. (Indiferente.) ¿Yo?
Pero, ¿pensais vos, señora.

Que puedo pensar yo ahora
En que vos me ameis ó no?
Sois una Reina, y...

BALTA. No así
Aumentes las penas mias:
Dí, por Dios, ¿es que sabías
Que un hijo del Rey aquí
Está, y el temor te dijo
Que, tras de darle el poder
Supremo, el Rey me iba á hacer
A mí esposa de ese hijo?

EURICO. (Estallando en ira.)
¿Qué dices? ¿Tal osarán?

BALTA. (Sorprendida.) ¿No es esa de tu tormento
La causa?

EURICO. Ah! no: su intento
Juro que no lograrán.
Sí, Balta: todo mi sér
Un pensamiento llenaba:
Hasta creí que olvidaba
Tu amor: sobre mi deber
De una montaña sombría
Con la inmensa pesadumbre
Pesaba, ahogando la lumbre
Del amor que por tí ardia;
Mas hora la oculta llama
Con más furia estalla opresa,
Deshace el monte en pavesa,
Y el volcan rugiente brama.
Con esta llama voraz
Que sofocada pensé,
¡Oh, Balta, Balta! No sé
De qué no fuera capaz.
Sí: tu desprecio, mi muerte,
La tuya, todo podria
Sufrirlo ántes, Balta mia,
Que en ajenos brazos verte.
Perdona que en mi pasion
Tan cruel contigo sea;
Mas... ¿tú ser de otro...? esa idea
Ni cabe en mi corazon.

BALTA. Eurico... ¿Y no es vil escoria
El reino que me han de dar

Junto á este bien de reinar
En tal corazon...? La gloria,
La pura y honda alegría
Que en esta dicha se encierra,
No un reino, toda la tierra
Por no perderla daria.
Mas ¿qué hacer...? El Rey me oirá;
Yo le diré mi dolor,
O su hijo tal vez su amor
En otra mujer pondrá.
¡Quién sabe!

EURICO. Theudis tu ruego
No atenderá, si de hacerte
Reina trata; y su hijo, al verte...
Sí, Balta, quedará ciego.
Pero no te inquietes.

BALTA. (Gozosa.) ¿Qué
Me dices? ¿Podré esperar...?

EURICO. Balta, no puede reinar
El hijo del Rey: lo sé.

BALTA. Pues ¿qué pasa?

EURICO. No te asombre
Que asegure lo que es ley
De justicia: un Rey es Rey,
Pero libre es todo hombre.

BALTA. (¡Desvaría!)

EURICO. Yo, primero
Vacilé, dudé, es verdad;
Mas tengo mi libertad,
Y ya vacilar no quiero.

BALTA. (Alarmada.) ¡Eurico!

EURICO. Las galerías
Conozco y los corredores
De este palacio: no llores,
Que pronto tus agonías
Cesarán: ya he demandado
Justicia al Rey, y la habrá;
Y su hijo no gozará
Del poder que me han robado,
Ni tu amor.

BALTA. (Angustiada.) Eurico mio...

EURICO. Déjame, mi bien.

BALTA. De mí

No te separes así.

EURICO. Soy libre.

(Váse fondo derecha.)

BALTA. ¡Qué desvarío!

ESCENA IX.

BALTA: luégo TUSCIA.

BALTA. ¡Dios mio! ¡Qué turbacion
En su espíritu! Estremece
Pensarlo. Sí, sí; parece
Que se apaga su razon.
¡Oh pensamiento cruel!
Antes que ver extinguida
Esa hermosa luz, la vida
Quítame, Señor, y á él.

TUSCIA. (Entrando, izquierda.)
¡Balta, hija mia!

BALTA. (Corriendo á abrazarla.) ¡Tú aquí!

TUSCIA. Há ya tiempo que he llegado
Y en tu estancia sola he estado
Hasta que al Rey salir ví.
¿Y mi Eurico...? Mas... ¿qué tienes?

BALTA. Tuscia, Tuscia; ahogarme siento.
¡En qué angustioso momento,
En qué triste instante vienes!
Aunque el Rey no te escuchó.
Mi esperanza no moria;
Pero ahora ya, Tuscia mia,
No espero nada.

TUSCIA. (Llorando.) Ni yo.
¡Ay! Pero ántes de dejarte
Para siempre, darte quiero,
Mi Balta, el adios postrero
Y mi último abrazo darte.

BALTA. ¿Qué es lo que dices?

TUSCIA ¡Ah! sí;
Excede á mi sufrimiento
Prolongar más el tormento
De permanecer aquí (1).
Ayer para Eurico hallar

---

(1) Los ocho versos que siguen pueden suprimirse en la representacion.

Pensaba en el Rey un padre...
¡Oh, Balta! El amor de madre
¡Cuánto nos hace soñar...!
Y ahora, no, tú comprender
No puedes, Balta, la pena,
La angustia que me enajena
Sólo este palacio al ver.

BALTA. ¡Oh! ¡Cesa de atormentarme!
¡Tuscia, por Dios!

TUSCIA. ¡Balta mia!
Que fueras mi hija queria,
Y madre tuya llamarme.
El cielo me niega ya
Ese bien apetecido;
Mas tu recuerdo querido
Siempre conmigo estará.
¡Adios! (Besándola.)

BALTA. ¡Tuscia! ¡Qué cruel
Eres...! ¡Infeliz de mí!
¡Oh! ¡No te vayas de aquí!
¡No me separes de él!

TUSCIA. ¡No aumentes con tu dolor,
Balta, mi pena sombría!
¿Qué le queda ya, hija mia,
A ese desdichado amor?
¡Adios...! ¡Adios! (Váse hácia la puerta.)

BALTA. (Clamando.) Se me parte
El corazon, Tuscia... No;
No me dejarás, ó yo,
Si te vas, no he de dejarte.
No puedo.

TUSCIA. Balta, ¿qué dices?

BALTA. Que si te vas, yo te sigo,
Y con mi Eurico y contigo
Seremos los tres felices.

TUSCIA. ¡Balta!

BALTA. (Con gran viveza.) Sí: ver su ambicion
Burlada á Eurico enloquece,
Y que se anubla parece
Aquella hermosa razon.
No sabes lo que ha pasado
Aqui, ni quiero contarte,
Tuscia, por no atormentarte,

Lo que he sufrido y llorado.
Huyamos de España, sí,
Tuscia, y en cualquier lugar
Podremos tal vez hallar
La dicha que no hay aquí.
A donde vayas iré;
Moraré donde tú mores;
El mismo Dios que tú adores,
La misma pátria tendré.

TUSCIA. ¡Balta! (Con expresion tiernísima.)

BALTA. ¿Qué dices?

TUSCIA. ¡Ay! Esos
Extremos de amor me obligan...
¡Oh, Balta, que te lo digan
Mis sollozos y mis besos!
¡Hija mia! Renunciar
A la gloria que te espera
Aquí...

BALTA. No: que me muriera
Sin vosotros de pesar.
Renunciar á él, si tanta
Fuera mi desdicha, no...
No sé; mas ¡ser de otro...! ¡Oh!
Pensarlo sólo me espanta.
Sí: ¿qué hacemos aquí ya...?
Huyamos, mas con premura,
Que esa inmensa desventura
Amenazándome está.
A su hijo abandonado
Hoy recobra el Rey, y...

TUSCIA. (Ansiosa.) ¿Qué?

BALTA. (Desolada.)
Que yo su esposa seré...

TUSCIA. (Agitadísima.)
(¿Mi oido me habrá engañado?)
¿Dices que el Rey á su hijo
Recobra?

BALTA. (Con pena.) Sí: que es patente
Que su esposa fué inocente;
Y que están aquí me dijo,
Aquí, en la córte, los dos.

TUSCIA. (Como loca, turbada.)
¡Balta...! (¡Me ahogo! ¡Ay de mí!)

¿Quién podrá dudar de tí,
Santa justicia de Dios?

BALTA. (Ansiosa y asombrada.)
¡Tuscia...! ¡Si no puede ser!
¡Habla! ¿Tú eres...? Anhelante
Me tienes.

TUSCIA. En este instante
Soy la más feliz mujer.

BALTA. (Gritando.)
¿Tú...? ¿Mi Eurico...? ¿El Rey su padre?
¡Va á matarme la alegría!
¡Oh, Tuscia, Tuscia!

TUSCIA. (Abriendo los brazos.) ¡Hija mia!

BALTA. (Cayendo en ellos.) ¡Madre!

TUSCIA. ¡Sí, Balta, tu madre!

(Pausa.)

BALTA. Pero ¿no es esto soñar?
¡Dios mio! ¡Qué feliz soy!
No, no; si soñando estoy,
Yo no quiero despertar.
Tuscia, dí, ¿no es ilusion?
¿No es engaño del deseo?
Habla, por Dios, que no creo
Tanta dicha.

TUSCIA. (Con viveza.) ¿Qué razon,
Dime, á Theudis ha llevado
A confesar mi inocencia?
¿El, que ayer de mi presencia
Se alejó desesperado?
Dí, ¿cómo ha sido? ¿Es verdad
Que me cree fiel? ¿Que á su hijo
Recibe? Dí, ¿qué te dijo?
Tan grande felicidad,
Tanta ventura, no acaba
Mi corazon de creer;
Que eso es el cielo entrever,
Y yo en un abismo estaba.
¿Qué te dijo el Rey á tí?

BALTA. Ya te lo dije: que fué
Su esposa inocente, y que
Estaba con su hijo aquí.
No más.

TUSCIA. (Ansiosa.) ¿En dónde estará?

BALTA. Para buscarte marchó.
¿Y Eurico?

TUSCIA. De aquí salió
Há poco tambien: quizá
A tu casa volveria.

BALTA. A buscarle volaré.
Tú al Rey, que á encontrarte fué,
Y al cuartel romano iria.

TUSCIA. Vamos.

BALTA. Vamos.

TUSCIA. Me enloquece
La alegría, y me devora
La ansiedad.

BALTA. Un siglo ahora
Cada instante me parece.
(Vánse fondo derecha.)

ESCENA X.

EURICO.

(Sale recatándose por la derecha.)

Nadie... y nadie me vió á mí
Donde ocultarme logré:
Mas el Rey allí no fué;
Acaso le encuentre aquí.
Acabemos pronto, sí;
Que ya este temor villano
Me afrenta; y aunque es en vano
Que lo quiera desechar,
Ni el pecho ha de flaquear
Ni me ha de temblar la mano.

Pues que Theudis á traicion
Dió á mi padre muerte impía,
Hasta el abismo yo iria
A arrancarle el corazon.
Mas ¿por qué esta turbacion
Vuelve á asaltar mi conciencia?
¿Es verdad que la demencia
Y del hombre la malicia
Burla un Dios con la justicia
De una eterna Providencia?

No; si así fuese, no habria

Tanta víctima inocente,
Ni tanto crímen patente
Como se ve, se vería.
¡Oh! Quisiera el ánsia mia
Rasgar el velo mortal;
Saber quisiera en el mal
De este ardor en que me abraso,
Si es que la vida es un paso
Para una vida inmortal.

Sí; mi mente bien concibe
Esa ignorada existencia
Donde tal vez su sentencia
La eterna Justicia escribe:
Aquí castigo recibe
Por eso el crímen tambien;
Que para que idea den
De sus rayos espantosos,
Relámpagos pavorosos
De esa justicia se ven.

En mi fiera desventura,
Valedme, ¡divinos cielos!
Decidme si mis anhelos
Son crímen ó son locura:
Si la venganza segura
En vuestros juicios teneis,
¿Para qué saber me haceis
Lo que no debo vengar?
Y si al Rey debo matar,
¿Para qué me deteneis?

Mas no me detengais, no,
Que aunque el bien pararme fuera,
Libre soy, y más quisiera
El mal, haciéndole yo:
Con quien sin piedad mató,
No querais tener piedad;
Y pues mostró la maldad
Vuestra sábia Providencia,
Para cumplir la sentencia
Dejadme la libertad.

(Se dirige sombrío y terrible hácia el fondo.)

ESCENA XI.

EURICO y THEUDIS.

THEUDIS. (Viene por el fondo izquierda.)
¡Ah, villano Teudiselo!
Pero no verá logrado
Su crímen: no hay fatal hado. .
EURICO. (Recatándose.)
Pero hay justicia en el cielo.
THEUDIS. ¿Quién habló? ¿Es mi conciencia?
Nadie veo en torno mio.
¿Quién eres? (Viéndole.)
EURICO. El albedrío.
THEUDIS. (¡El loco!)
EURICO. (Viniendo á él.) ¡Y la Providencia!
THEUDIS. ¡Déjame! (Yéndose.)
EURICO. Que me has de oir.
THEUDIS. Despues...
EURICO. (Deteniéndolo.) ¡Ahora!
THEUDIS. ¡Insensato!
EURICO. Ayer empecé un relato,
Y le debo concluir.
Nos quedamos en que un dia
El espectro apareció
De Teudo, y se descubrió
Del conde la alevosía.
Y él, que en su crímen villano
Impune y seguro ya
Se creia, á sentir va
De la justicia la mano.
Era ya Rey, y temió
Que una revuelta triunfase,
Y de que nadie llevase
Armas, el decreto dió;
Pero olvidó por su mal
A un loco que despreciaba,
Y que guardado llevaba
Bajo su sayo un puñal.
THEUDIS. (Espantado.)
Pero ¿quién eres tú?
EURICO. ¿Qué
Te importa? Fiero asesino,

Soy la justicia, el destino,
El mal quizá; no lo sé.
(Saca el puñal.)
Pero si es el mal mi anhelo,
Libre soy; no hay esperanza
Para tí; que mi venganza
Se cumpla; despues, el cielo
Su justicia haga cumplir.

THEUDIS. ¡Asesino...! ¡Favor...!

EURICO. ¡No!
Rey, el que á hierro mató,
A hierro debe morir.
(Le hiere: Theudis cae; Eurico queda petrificado.)

ESCENA XII (1).

DICHOS, HUNERICO, GUARDIAS.

HUNERICO (Cogiendo á Eurico y amenazándole.)
¡Cielos! ¿Qué es esto? ¡El Rey asesinado!
¡Desventura y horror! ¡Infame, muere!

THEUDIS. (Incorporándose y apoyándose en un triclinio, donde luégo le sostienen Tuscia y Hunerico.)
¡No; dejadle, dejadle! Ha traspasado
Mi pecho; pero es Dios el que me hiere.
Sangre inocente ante el divino Trono
Clamaba contra mí: mi fin merezco...
Mi muerte á ese mancebo le perdono,
Y porque quiso el mal le compadezco.
Retiraos, dejadle: justiciera
De Dios verá la mano...

EURICO. (Aparte.) (Siento frio
Dentro del corazon; morir quisiera.)

ESCENA XIII Y ULTIMA.

DICHOS, BALTA y TUSCIA.

BALTA. (Entrando presurosa, hablando con Tuscia.)
¡Allí está!

TUSCIA. (Clamando gozosa.)
¡Eurico mio!

EURICO. (¡Aquí mi madre!)

(1) Para la representacion se suprime esta escena, y entran, Theudis herido, Balta, Tuscia y Hunerico.

BALTA. (Aterrada al ver lo que pasa.)
¡Cielos! ¿Qué es esto?

EURICO. Yo le herí.

TUSCIA. (Desolada y convulsa, corriendo á Theudis.)
¡Dios santo!

THEUDIS. ¡Dejadle! Le perdono.

TUSCIA. (A Eurico.) ¡Tú...! ¿A tu padre...?

EURICO. (Grito de espanto.)
¡Mi padre!

THEUDIS. ¡El mi hijo!

BALTA. (Con penetrante grito.) ¡Horror y espanto!

EURICO. (Aterrado.)
¿No es mi padre Teodato?

THEUDIS. ¡Oh Providencia
Sábia y tremenda, tu justicia adoro...!
Yo á Teodato maté...

EURICO. (Clamando anonadado.)
¡Dios de clemencia!
¡Libre obré el mal! ¡Terrible es mi sentencia!

TUSCIA. ¡Señor, Señor!

THEUDIS. Benigno fué conmigo
Si mi sangre mi deuda satisface:
No mires que su culpa es mi castigo...
Ven, hijo, que te vea, que te abrace
Una vez al morir... ¡Yo te bendigo!
(Eurico, vacilante, llega á arrodillarse á los piés de Theudis.)

(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

NOTA.

—

Agradecidísimo al favor que el público y la crítica han dispensado á este drama, y aceptando con respeto y gratitud los consejos que se me han dado al señalar sus defectos, cúmpleme hacer alguna aclaracion en lo que se refiere al alcance y significacion de la obra.

Miéntras que algunos críticos de la escuela racionalista han dicho que el *Theudis* tiende á mostrar que la libertad es funesta, y que debe entronizarse el absolutismo, tal cual crítico católico entiende que la obra resulta fatalista, y alguno añade que antimonárquica.

No hallando manera de concertar juicios tan contradictorios, debo decir únicamente que, al escribir mi drama, se le leí, segun costumbre de muchos, á un autor ilustre, de excelentes doctrinas (alejado, por desgracia, de la escena hace algunos años), para oir su autorizadísimo parecer; y al dispensar, como lo hizo, á mi produccion la más lisonjera acogida, me aconsejó que, por lo que se refiere á la tendencia filosófica de la obra, que él encontraba buena, consultase con quien tuviese autoridad en la materia. Hícelo así; y censores de cuya competencia en este punto nadie dudaria, me dijeron que el *Theudis* mostraba la coexistencia de la Providencia divina y de la libertad humana, y, como consecuencia, que el hombre es responsable del mal que obra, producto de su albedrío, siendo errónea la doctrina del fatalismo y del hado. Por eso las estrellas y predicciones en que Theudis creia, quedan burladas con la proclamacion de la inocencia de su esposa; pero al propio tiempo, Theudis es castigado por su crímen, y Eurico, instrumento de esta justicia, recibe tambien su merecido por haber obrado libremente el mal, rechazando las inspiraciones de su conciencia, que le decian que no diese muerte á Theudis.

Tal ha sido, en efecto, mi única intencion al escribir el drama. Si no ha resultado clara para algunos, será porque no esté bien de manifiesto, ó porque ellos no hayan mirado detenidamente; pero no hay por qué decir que he hecho un drama ni absolutista, ni antimonárquico, pues no se trataba, ni remotamente, de tales cosas.

No debo concluir sin manifestar mi profunda gratitud á los actores encargados de interpretar mi obra, por el cariño y acierto con que lo han hecho, y especialmente á mi querido amigo el insigne Rafael Calvo, á cuya inspiracion de actor y á cuyos consejos debo en gran parte el éxito de mi trabajo.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Möra,* Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.